

CRISTIANDAD



SU SANTIDAD PIO XII JUNTO A LA CONFESION, EN LA VIGILIA
DE LA FESTIVIDAD DE SAN PEDRO

Catálogo de «Publicaciones CRISTIANDAD» y otras obras de actualidad

“Publicaciones CRISTIANDAD”

PESETAS

Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón	Documentos Pontificios edición castellana	30' -
	» latino-castellana (agotada)	45' -
Catolicismo o Barbarie	<i>José Oriol Cuffí Canadell</i>	35' -
Emisaria de Cristo Rey. Sor María del Divino Corazón	<i>Rdo. Luis Chasle, Pbro.</i>	30' -
Actualidad de la Idea de Cristo Rey		15' -
La Soberanía Social de Jesucristo	<i>P. Enrique Ramière, S. J.</i>	30' -
¿Sabes desde cuando nos aman los Corazones de Jesús y de María?	<i>M. L. Suñe</i>	21' -

Obras Filosóficas

La escala de los seres o el dinamismo de la perfección	<i>Dr. Jaime Bofill Bofill</i>	70' -
---	--------------------------------	-------

Obras de actualidad

La Cuestión de Palestina (agotada)	<i>José Oriol Cuffí Canadell</i>	10' -
La Sombra de Bela-Kun	<i>José Oriol Cuffí Canadell</i>	10' -

Otras obras que por su interés recomendamos

(Depósito en nuestra Administración)

El Liberalismo es pecado	<i>Dr. Félix Sardá y Salvany</i>	6' -
La Inquisición	<i>J. M. Orti Lara</i>	15' -
La vuelta a los altares	<i>Luis Creus Vidal</i>	25' -

Fascículo “Iconografía Española de la Asunción”

25 magníficas láminas en papel offset	75' -
en papel de hilo edición numerada	
(95 ejemplares, núms. 1-95)	375' -

Tomos encuadernados de “CRISTIANDAD”

Tomo del Año 1944	150' -
» » 1945	125' -
» » 1946 a 1950 (cada volumen de un año)	150' -
» » 1950 (conteniendo 24 láminas «Iconografía Española de la Asunción»)	215' -
» » 1951	150' -
» » 1952 y tomo de «Documentos Pontificios»	186' -

Separatas «Documentos Pontificios»

Tomo de «Documentos Pontificios»	65' -
--	-------

Administración de CRISTIANDAD: Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46 - BARCELONA

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIAL:

En la Festividad del Príncipe de los Apóstoles.
por J. B. B. (págs. 249 y 250).

PLURA UT UNUM:

El sepulcro de San Pedro, por Pablo Termes
Ros, Pbro. (págs. 253 a 259).

En el núcleo de las preocupaciones pontificias:
III. *El fracaso de la Educación.-La pérdida
de la libertad,* por Francisco Hernanz (pá-
ginas 260 a 262).

*La Cruzada de Occidente: Los sucesos de Ale-
mania y la reclusión de Winston Churchill,*
por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 263
a 266).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

*A guisa de conversación sobre unos artículos
publicados en «Ecclesia» (V*),* por Marti-
rián Brunsó, Pbro. (págs. 267 y 268).

*Guareschi y los límites del humorismo: II. Poe-
sía y tragedia,* por Francisco Salvá (pági-
nas 268 a 270).

DE ACTUALIDAD

De la quincena religiosa, por Himmanu-Hel
(págs. 271 a 273).

De dos quincenas políticas, por Shehar Yashub
(págs. 273 a 276).

ANEXOS

Discurso del Papa a los dirigentes del Comité
Olímpico Nacional Italiano y a una nutrida
representación de los deportistas italianos. -
Carta de Pío XII a los católicos de Holanda,
en el Centenario de la restauración de la Je-
rarquía Eclesiástica. - Radiomensaje de Su
Santidad Pío XII a los católicos de Dinamarca.
- «DOCTOR MELLIFLUUS», carta Encí-
clica de Su Santidad Pío XII con ocasión
del VIII centenario de San Bernardo.



En la Festividad del Príncipe de los Apóstoles

28 de junio de 1939 - 28 de junio de 1953

La empresa comenzó en ocasión de un hecho fortuito. Pío XI, predecesor del actual Pontífice, había pedido, al morir, que se le enterrase en las Grutas vaticanas, junto al Sepulcro del Santo Pontífice Pío X, y lo más cerca posible de la "Confesión" de San Pedro. El fallecimiento del Augusto Pontífice tuvo lugar el 10 de febrero de 1939 y desde el día siguiente cupo al entonces Emo. Cardenal Pacelli — en razón de su cargo de Camarlengo de la Iglesia durante la vacancia de la Sede apostólica — la misión de preparar a los restos mortales de Pío XI la sepultura que había reclamado.

Pero, al no haber bastante espacio en las Grutas, Su Eminencia dispuso que se ampliaran: de una parte, rebajando el pavimento para ganar mayor altura de techo, y de otra practicando un sondeo en el muro de fondo de las mismas.

¡Doble sorpresa! A 20 centímetros por debajo del nivel del suelo aparecieron fragmentos del pavimento de la antigua Basílica de Constantino, mientras que el sondeo en el muro Sur de las Grutas dió con una cámara llena de escombros cuya existencia nadie sospechaba.

Uno y otro hallazgo daban base para creer que unas excavaciones en este lugar podrían hacerse con mucho fruto y que conducirían probablemente a resultados de excepcional interés.

Poco después, elevado el Cardenal Pacelli al Solio Pontificio, juzgó que se le ofrecía una oportunidad providencial para emprender esta obra y el 28 de junio de 1939, víspera de la festividad de San Pedro, luego de haberse recogido en oración ante el altar de la "Confesión", dió la orden de empezar las excavaciones alrededor y por debajo de este Altar.

La empresa era audaz. Dificultades de orden técnico se sumaban a las dificultades de orden científico; pues si era difícil desentrañar — en este terreno saturado de historia — las aportaciones entremezcladas de tantas generaciones, lo era también el evitar que se perjudicaran las construcciones existentes, dados los enormes desplazamientos de tierras que podrían ser necesarios. Pero, además, ¿no habría que temer que un fracaso en la empresa se interpretase, en nuestro siglo dominado por la crítica, en menoscabo de la tradición católica sobre la primacía de la Sede de Roma? Porque, no hace falta decirlo, lo que en definitiva constituía la meta de tales trabajos era dar con el Sepulcro de San Pedro venerado allí por la tradición, y sobre el cual se apoyaba, como en su fundamento material, la "romanidad" de la Iglesia.

Una prudencia puramente humana habría aconsejado, probablemente, la abstención, y nadie habría podido culpar a Pío XII por no haberse atrevido con una obra ante la cual varios de sus Predecesores habían retrocedido. Pero había llegado, sin duda, la hora señalada por la Providencia y Pío XII, pensando que la verdad nada debe temer de la verdad, dispuso que las excavaciones

EDITORIAL

empezaran. Con una escrupulosidad y detallismo impresionantes, con una seriedad absoluta, luego de diez años de trabajo, se ha llegado a un éxito pleno y Pío XII habrá tenido el consuelo de comprobar cómo la arqueología, lejos de comprometer la tradición apostólica romana, ha venido a confirmarla clamorosamente poniendo ante nuestros ojos el glorioso Sepulcro del Príncipe de los Apóstoles "en el lugar exacto" en que una tradición milenaria venía venerándole con sorprendente fidelidad.

* * *

Según la costumbre, el Sumo Pontífice ha descendido a la Basílica vaticana el pasado 28 de junio, día en que comienza la festividad litúrgica del Apóstol San Pedro, para rezar junto al altar de la Confesión. Sus recuerdos se habrán remontado, sin duda, a aquel 28 de junio de 1939 en

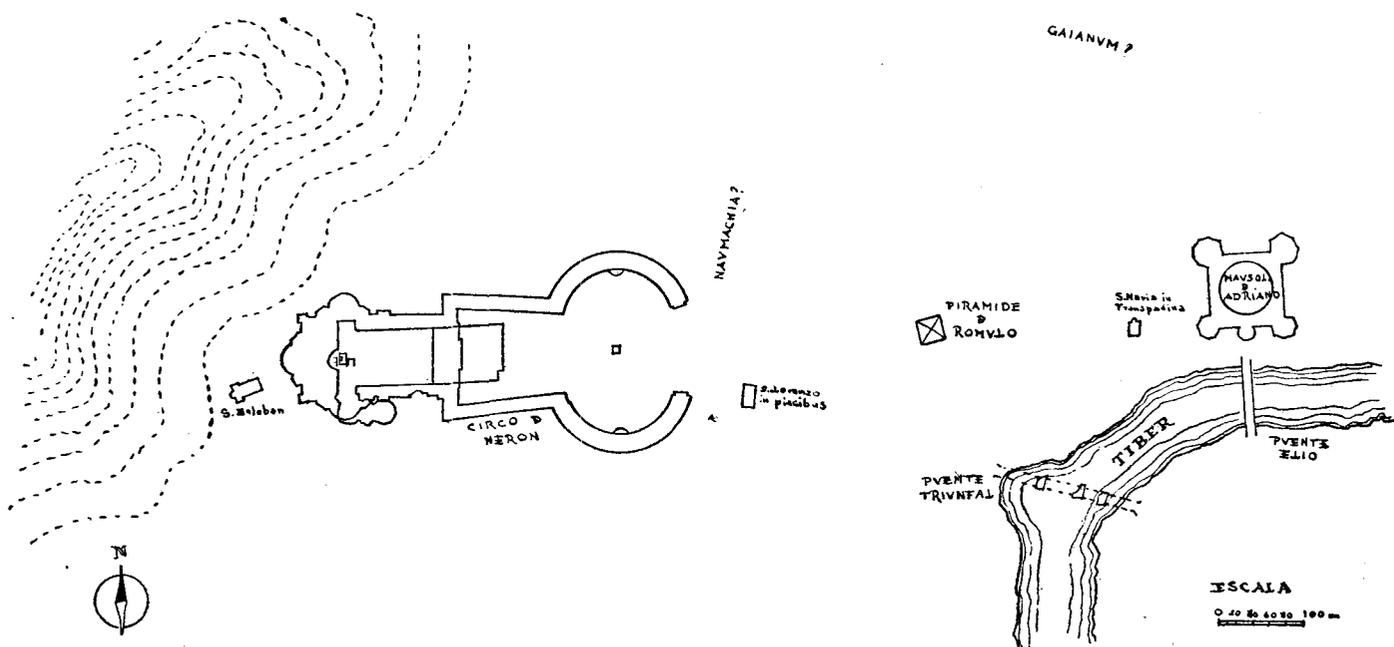
que decidió el comienzo de esta gloriosa empresa, reseñada en dos magníficos volúmenes in 4.º salidos de la Tipografía vaticana, con extraordinario lujo de información gráfica.

Estos volúmenes ostentan una dedicatoria concisa y expresiva: "Pío XII, sepulcri beati Petri reseratori", "A Pío XII, descubridor del Sepulcro de San Pedro".

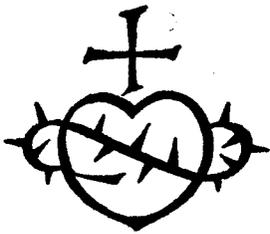
Si no tuviese Pío XII, entre tan grandes y numerosos títulos para permanecer en la memoria de los hombres más que el que en esta dedicatoria se consigna, no cabe duda de que bastaría ampliamente para inmortalizar su nombre.

J. B. B.

Los datos consignados aquí están reproducidos del libro de J. Carcopino. "Etudes d'histoire Chrétienne". París, Ed. Albin Michel, 1953.



Plano de la zona vaticana



JULIO

Que la dignidad humana sea honrada debidamente en todas partes

«Adveniat Regnum Tuum»

La persona humana es: Racional, es decir, dotada de conocimiento intelectual y de facultad de juzgar;

libre: ella misma quiere, elige, dirige su actividad espiritual. El hombre puede tener en su alma aspiraciones elevadísimas. El hombre es el árbitro de su destino, el dueño responsable de sus actos, el verdadero rey de la creación visible, a la que impone su voluntad;

inmortal, por que su alma espiritual no puede aniquilarse y por lo tanto tiene que vivir eternamente. El hombre mientras vive en la tierra debe procurar conocer a Dios, honrarle, amarle y subordinar a El, que es su último fin, todas las acciones de suerte que no haga nada que pueda ofenderle. Así alcanzará la felicidad eterna en el cielo.

Imagen de Dios: en la persona humana resplandece la hermosísima esencia divina, porque el hombre conoce, ama, elige libremente y tiende a participar e imitar la bondad divina más profundamente que las demás criaturas de este mundo;

social, porque el hombre en sociedad con los demás hombres desarrolla cada vez mejor sus facultades. Comunica a otros sus ideas, sus sentimientos; en otros encuentra la amistad, la benevolencia, la misericordia; con otros ejerce sus actividades que solo no las podría ejecutar; en la sociedad perfecciona su entendimiento y su voluntad.

Los derechos fundamentales de la persona humana, recibidos inmediatamente de Dios y que elevan mucho su dignidad son:

el derecho a conservar y desarrollar la vida corporal, intelectual y moral, particularmente a la formación y educación religiosa;

el derecho a profesar la religión, a dar a Dios culto en privado y en público;

el derecho a contraer matrimonio y lograr sus fines, o como suele más claramente decirse, el derecho a la sociedad conyugal y doméstica;

el derecho de los padres a determinar la educación de los hijos que han recibido de Dios, de acuerdo con el culto debido a Dios y conforme a los dictámenes de la verdadera religión;

el derecho al trabajo, como medio para sustentar su propia vida y la de su familia;

el derecho a la libre elección de estado, aun el sacerdotal o el religioso;

el derecho al uso conveniente de los bienes materiales.

Estos derechos naturales tienen por objeto tutelar la dignidad de la persona humana y, por lo tanto, la sociedad debe respetarlos. De ahí que el hombre nunca debe ser considerado como un instrumento o medio en manos de la sociedad; en resumidas cuentas, la razón de ser de la sociedad es el hombre, porque «la ciudad existe para el hombre, no el hombre para la ciudad» (Pío XI, Enc. Divini Redemptoris). La sociedad puede ciertamente imponer leyes al hombre para que coopere al bien común, pero «en fin, somos esclavos de las leyes precisamente para que podamos ser libres» (Cicerón, pro A. Cluent., c. 53).

Para salvar la dignidad de la persona humana.

El hombre moderno debe recuperar la dignidad que le ha quitado el materialismo, convirtiéndole en máquina o masa informe. ¿Qué medios emplear para lograr la recuperación?

Inculcar y defender la verdadera dignidad de la persona humana y sus inalienables derechos, que se fundan y resplandecen en la misma naturaleza humana;

rechazar el falso culto al «bien común» o «de la comunidad», tan jaleado y propagado en estos tiempos. Nunca se puede aprobar directamente por la necesidad del «bien común» ningún acto que suprima directamente algún derecho personal en la sustancia o en el uso.

Propagar la cristiana concepción del Estado. El Estado debe ser elevado a su verdadera dignidad, recibida de Dios, y que consiste en procurar la prosperidad pública de sus ciudadanos. Huya el Estado de todo «totalitarismo», ya sea comunista o de cualquier otra índole, porque el «totalitarismo» considera a las personas y a las cosas como meros instrumentos al servicio de la política y así degrada prácticamente al hombre a la categoría de un componente de la masa informe.

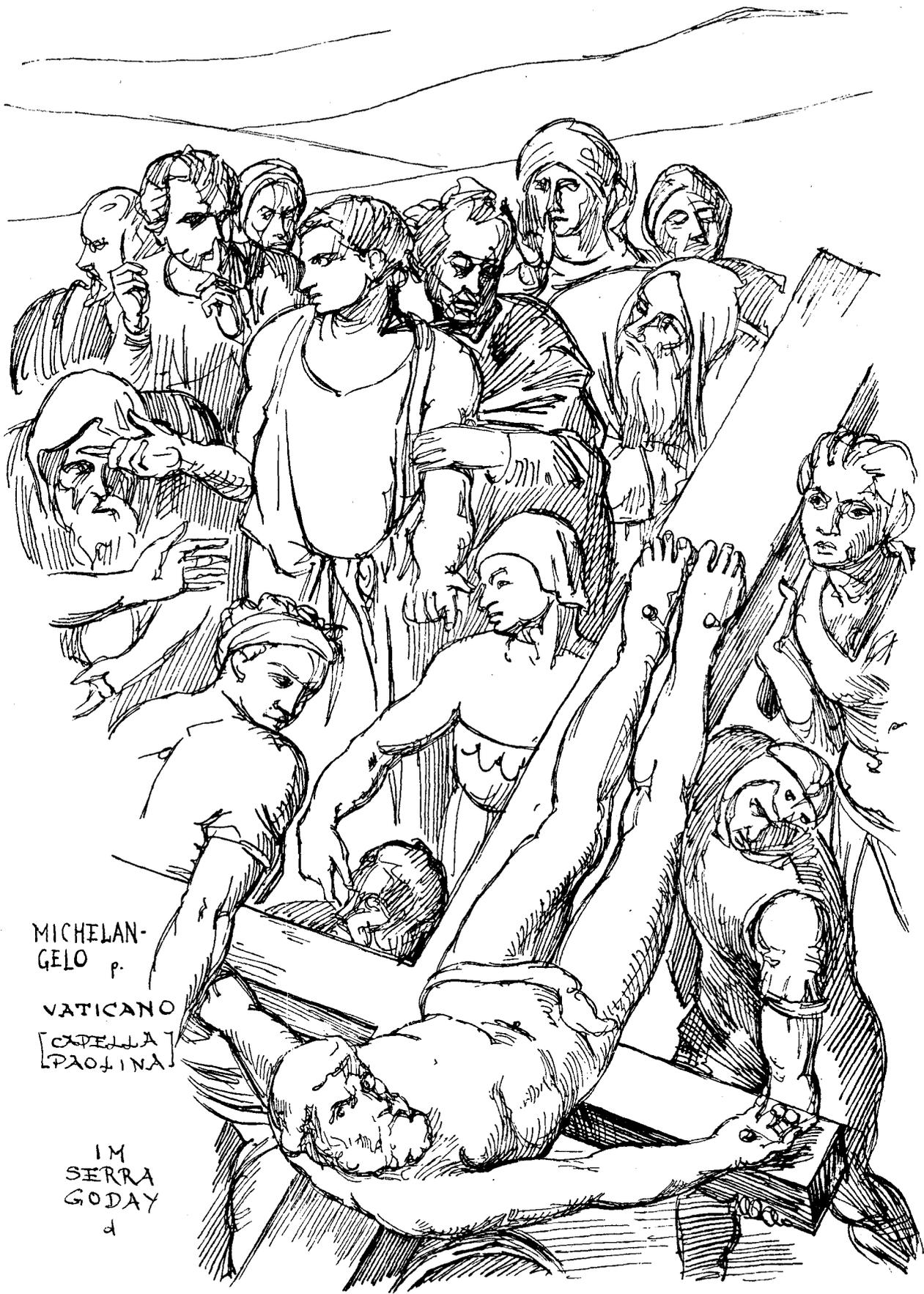
Corazón de Jesús: que la dignidad de la persona humana sea debidamente honrada en todas partes, Te rogamos, óyenos.

Efectos del múltiple desconocimiento de la persona humana

El que aún abrigue dudas acerca de este estado de cosas, vuelva sus ojos al numeroso mundo de la desgracia, y pregunte a las categorías tan variadas de los indigentes qué respuestas suele darles la sociedad, encaminada ya hacia el desconocimiento de la persona...

Todo plan o programa (para socorrer a las necesidades de los individuos y de los pueblos) debe inspirarse en el principio de que el hombre, como sujeto, custodio y promotor de los valores humanos, está por encima de las cosas... y que es menester, sobre todo, preservar de una malsana «despersonalización» las formas fundamentales del orden social..

(Mensaje de Navidad de Su Santidad Pío XII, en 1952)



MICHELAN-
GELO p.

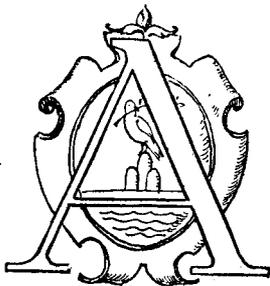
VATICANO
[CAPPILLA]
[PROFONA]

IM
SERRA
GODAY
d

CRUCIFIXIO SANCTI PETRI

EL SEPULCRO DE SAN PEDRO⁽¹⁾

Tributo de gratitud

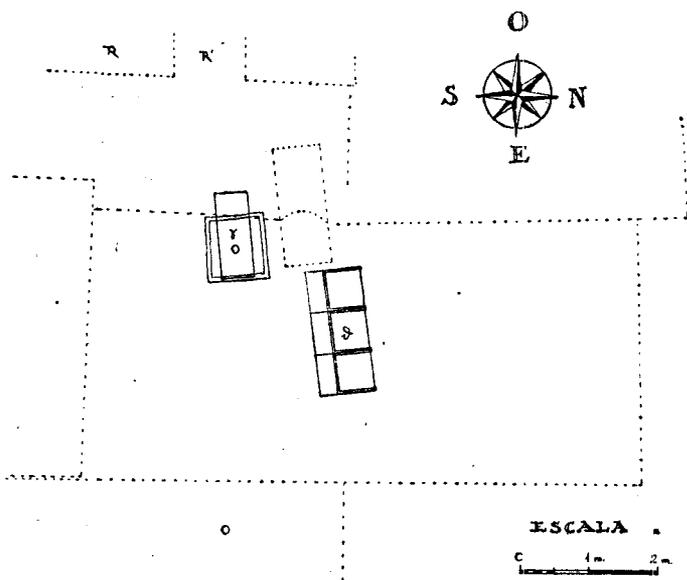


la visión certera y decidida del Sumo Pontífice felizmente reinante, el Papa Pío XII, se debe la constatación científica y arqueológica de que el primer Papa y Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, fué sepultado debajo y en el centro mismo del altar de la Confesión en la basílica de San Pedro de Roma, según lo que la tradi-

ción oral y escrita ininterrumpida desde los primeros siglos del cristianismo venía afirmando.

El Papa, que siendo Cardenal Arcipreste de la basílica Vaticana había concebido ya la idea de las excavaciones en busca del sepulcro del santo Apóstol, convencido de que la verdad —y por ende el Catolicismo— nada ha de temer ni de la historia ni de la arqueología ni de cualquiera otra ciencia que sea tal, apenas transcurrido un año de su elevación al solio pontificio, dió órdenes, en 1940, de comenzar las excavaciones sistemáticas, primero en las criptas o grutas vaticanas y seguidamente alrededor y debajo del altar papal. La ocasión inmediata y determinante de la orden fué la afloración de un mausoleo pagano en unos trabajos de restauración y prolongación de la cripta de San Pedro. Los delicados trabajos, que condujeron al hallazgo del sepulcro de San Pedro, terminaron en 1949. Con los resultados obtenidos ahora se puede reconstruir, si no en sus mínimos detalles, sí en sus líneas generales y más importantes, la historia de un sepulcro que, empezando por ser una pobrísima y humilde tumba, fué creciendo al compás de los siglos hasta verse coronado con la cúpula soberbia de Miguel Ángel.

(1) Para redactar el presente artículo nos hemos servido, principalmente, de los libros, artículos o notas siguientes: *Esplorazioni sotto la Confessione di San Pietro in Vaticano eseguite negli anni 1940-1949. Relazione a cura di B. M. APOLLONI GHETTI, A. FERRUA S. J., F. JOSI, E. KIRSCHBAUM S. J. Appendice numismatica di C. SERAFINI. I. Testo. In-folio. Pp. XI + 277 + Tavole fuori testo A-K. II. Tavole. Infolic. Pp. 17 + Tavole CIX. Città del Vaticano 1951; A. FERRUA, *La Storia del Sepulcro di San Pietro*, en *La Civiltà Cattolica*. Cuaderno 2437 (5 enero 1952), 15-29; E. VOGT, *Sepulcrum S. Petri*, en *Biblica* 33 (1952), 165-168; 306-309; Texto taquígráfico de las dos Conferencias ilustradas con proyecciones, que el P. E. KIRSCHBAUM S. J., pronunció en Barcelona, en el Salón de Actos de "Balmesiana", los días 18 y 19 de abril de 1952.*



Campo P a fines del siglo I

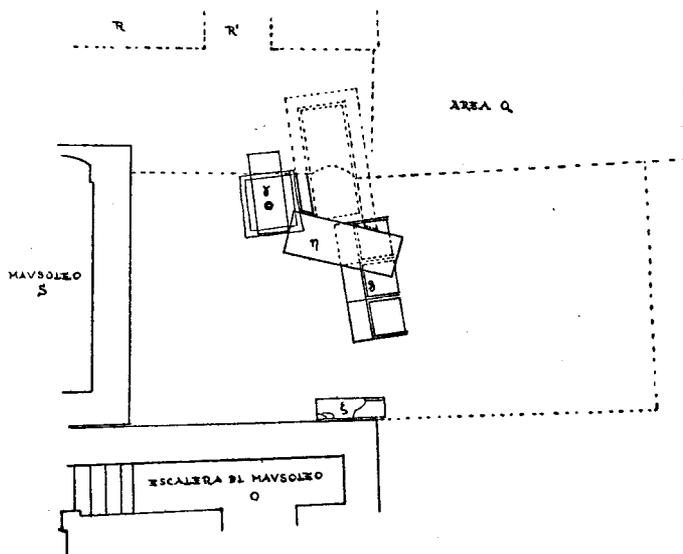
El sepulcro primitivo de San Pedro

La región en que se encuentra el sepulcro de San Pedro, en la actualidad es fácilmente determinable. Mirada desde el Tíber, que queda a su espalda, tiene a su derecha el Mausoleo de Adriano o castillo de Sant'Angelo y, frente por frente, la basílica Vaticana con su hermosa cúpula. Pero en los tiempos en que sufrió martirio el Apóstol, la región era prácticamente simple campo comunal o propiedad del Estado, en el que aisladamente, acá y acullá, surgían algunas tumbas; aunque cerca de allí había un jardín de los Domicios y al lado meridional, o sea, a la izquierda, más o menos, mirando a la fachada de la actual escalinata de la Basílica de San Pedro, estaba el circo de Calígula o de Nerón, en el que perecieron muchos cristianos en la persecución del año 64.

Por aquella región de la colina del Vaticano o muy cerca, sin que sea posible por ahora determinar su trazado preciso, pasaban tres grandes vías romanas: la Triunfal, la Aurelia nueva y la Cornelia.

Era, por lo tanto, lugar muy a propósito para las ejecuciones capitales que, según el uso antiguo y romano, tenían efecto en terreno propiedad del Estado y cerca de las puertas de la ciudad, junto a las grandes vías de comunicación, para que sirviera de escarmiento público. Este motivo o lección de terror general llevaba aparejada consigo otra circunstancia: el condenado a muerte quedaba privado por esto mismo del derecho de sepultura; su cadáver yacía o continuaba en el lugar del suplicio, consumido naturalmente o por obra de las fieras, y los restos eran echados más tarde en el Tíber. A no ser que alguien, como hizo José de Arimatea con Jesús, pidiese y obtuviese el cuerpo del ajusticiado.

Este alguien, afortunadamente, existió en nuestro caso. O tal vez, pasados los primeros días de la ejecución y cesada pronto la vigilancia, por tratarse de un "personaje de poca monta" en la opinión pública romana de entonces —un viejo pescador hebreo, jefe de una pequeña secta oriental— algún cristiano valeroso pudo proceder a la sustracción real del cadáver. Mas, en cualquiera de las dos hipótesis, por las circunstancias y porque no había empezado todavía el culto espléndido que posteriormente se tributó a los mártires, la sepultura de San Pedro tuvo que

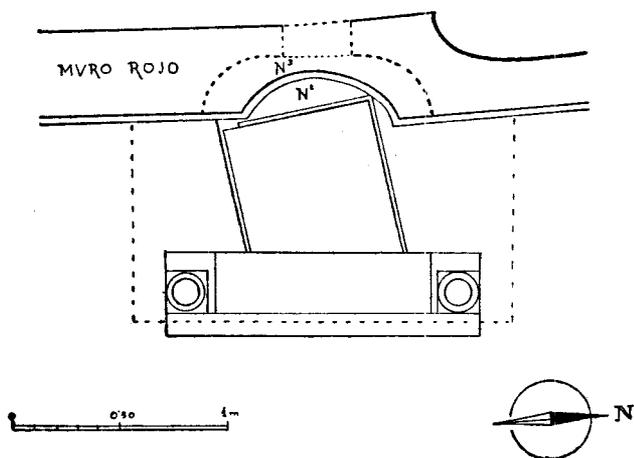


Campo P hacia mitad del siglo II. Aparecen ya los mausoleos (O. y S.)

ser y fué una sepultura pobrísima, en terreno de nadie, probablemente sin ninguna apariencia exterior, ni siquiera con un pequeño cipo y su correspondiente inscripción. Fué, más o menos, una tumba como las más antiguas que se han encontrado en esta región: una sencilla fosa en la tierra desnuda, a muy poca profundidad, cubierta de tejas grandes planas dispuestas u horizontalmente o en forma triangular. El sepulcro fué orientado hacia el occidente, para que pudiera estar en posición horizontal, ya que en esta parte la colina del Vaticano tenía entonces una inclinación pronunciada ascendente de Sur a Norte.

El «trofeo de Pedro» visto por Gayo

A la piedad de los fieles del siglo xx tal vez les sorprenda la pobreza del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. Amén de que, dadas las circunstancias, no había que esperar otra cosa, los cristianos de los primeros siglos no pensaron como nosotros, amaron aquella pobreza. Y si, como se va a ver seguidamente, tuvieron a gala adornar de siglo en siglo, más y mejor, la "memoria" apostólica, como se la llamó, nunca tocaron, en cambio, en cuanto les fué posible, el sepulcro propiamente dicho o fosa sepulcral

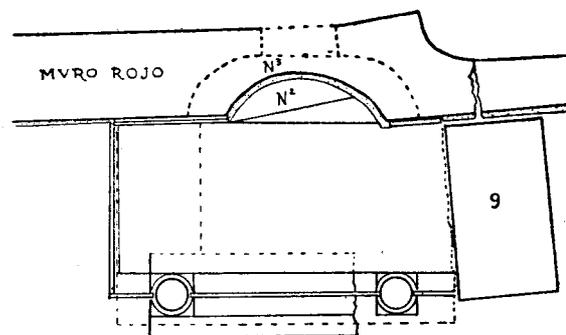


La memoria Apostólica en la segunda mitad del siglo II

primitiva, que fueron protegiendo primero contra cualquier posible invasión de tierras que pusiera en peligro su existencia, y que recubrieron luego con sucesivos "estuches", para llamarlos con algún nombre, cada vez de mayores proporciones, que, lejos de procurar la desaparición de los "estuches" precedentes, los encerraban todos en su interior.

Muy pronto, junto al humilde sepulcro, surgieron otras tumbas, pobres también, cristianas, ciertamente por devoción al Apóstol. Dos son del mismo siglo primero y están muy cerca y paralelas al sepulcro. La más antigua (δ) está cubierta solamente con tejas, una de las cuales lleva el sello o timbre de la época de Vespasiano (68-79); la otra (γ) es de un niño, bien cuidada, excavada en el suelo (1,20 m.), con un largo tubo de libaciones, protegido por una pequeña torre de ladrillos, que sobresalía del suelo 75 cm. por lo menos.

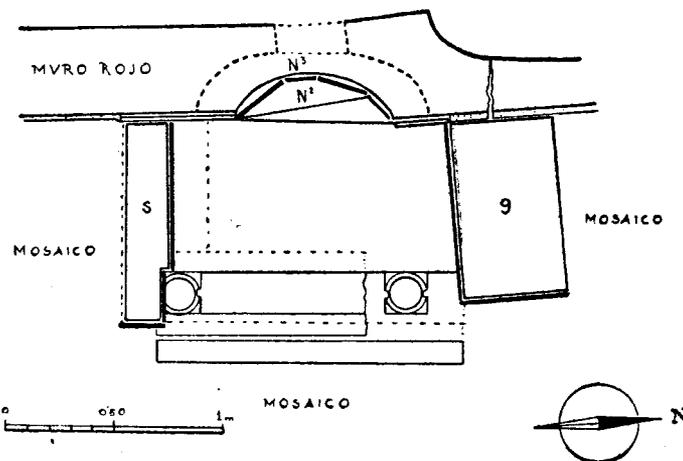
En la primera mitad del siglo II ricos libertos paganos comenzaron a edificar magníficos mausoleos entre el Tíber y el pequeño cementerio cristiano (P). Forman dos filas de Este a Oeste, cuya edad puede demostrarse por la estructura mural, por la tipología arquitectónica y especialmente por los detalles decorativos y por numerosos epígrafes. Entre los años 123-150 fué construido el sepulcro de los Matucios (O). Muy poco después, el mausoleo S. A continuación, segunda mitad del siglo II, el doble mau-



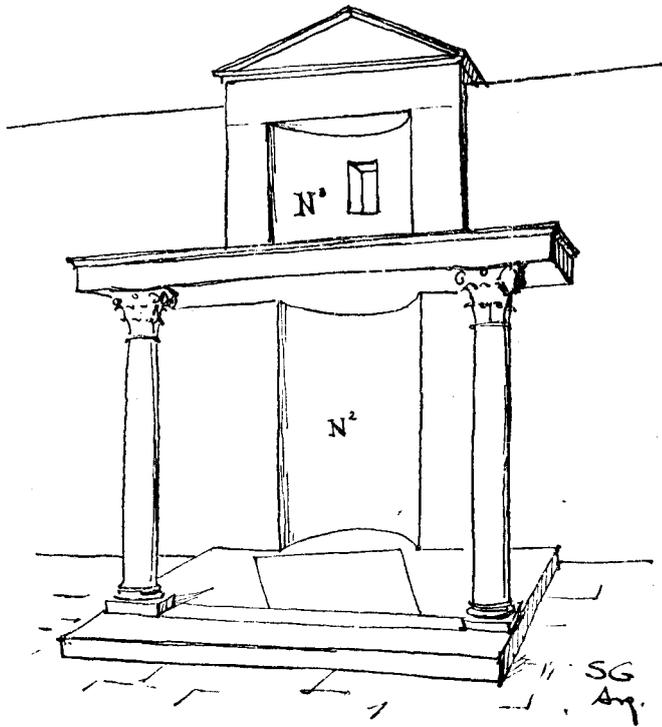
La memoria Apostólica después de la construcción del muro g (s. III)

soleo R y R'. La pendiente era allí tan pronunciada, que el pavimento de R' está casi un metro más alto que R. Entre tanto, la superficie del pequeño cementerio P había subido cerca de un metro y seguramente a principios del siglo II se había construido el sepulcro n, que tocaba, mas no invadía, antes servía de protección, el lugar del sepulcro de Pedro. Como seguían acumulándose tierras sobre el lugar, los otros sepulcros iban desapareciendo enterrados, y para que no ocurriera lo mismo con el del Apóstol, los cristianos levantaron un pequeño muro de protección (m^1) muy bien hecho y blanqueado por la parte del sepulcro. Como el suelo siguiera creciendo otros 40 cm. aún (= 30 cm. bajo el pavimento de la Confesión), pusieron (o si ya estaba antes elevaron) una losa de mármol sobre el sepulcro n.

Hacia el año 160 el aspecto del sepulcro apostólico sufrió un grande cambio. Detrás de R' se preparó el área sepulcral Q, rodeada de muros y sin techo, cuyo suelo era casi un metro más alto que R'. Para llegar a la puerta de R' y de Q la subida era tan pronunciada que sus dueños pensaron en construir una escalera, con una tubería por debajo de la misma que recogiera las aguas del recinto sepulcral o de la colina, cuando llovía, y las condujera al valle. Decidieron, además, construir en la parte occidental, y pintado de color rojo, un fuerte muro (M) donde apoyar la escalera y que la protegiera también contra la acumulación de tierras. Cuando los cristianos conocieron aquellas intenciones se sintieron preocupados, porque el muro rojo iba a pasar sobre el sepulcro del Apóstol. Con-

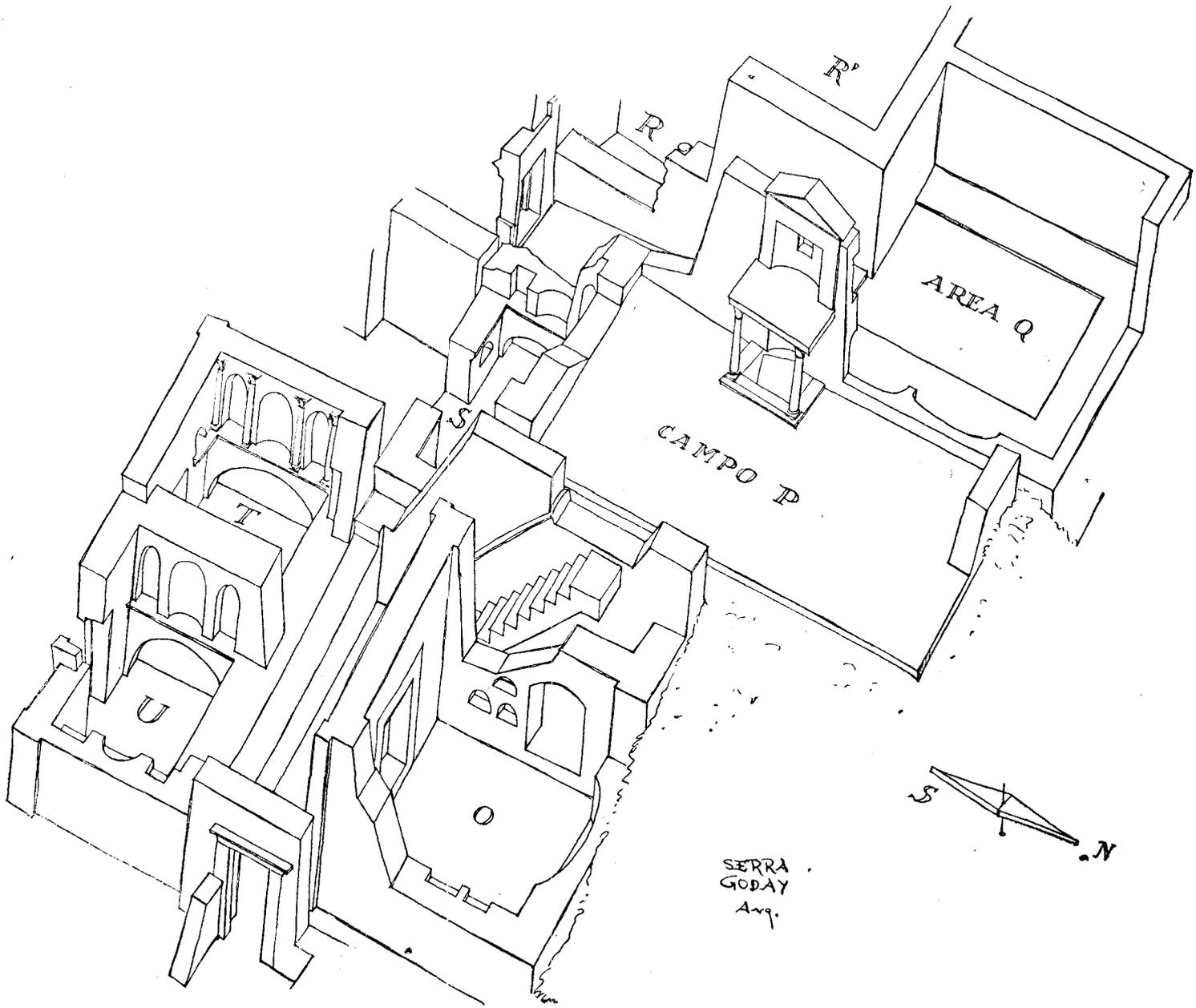


La memoria Apostólica después de la construcción del muro s (s. III-IV)



Reconstrucción de la memoria Apostólica

versaciones con los propietarios permitieron llegar a un acuerdo satisfactorio para las diversas partes. Al construir el muro rojo se dejó sobre el sepulcro apostólico, en el mismo muro, un hueco más o menos redondeado, que forma un sistema de tres nichos superpuestos, uno de ellos muy tosco y subterráneo, los otros dos, exteriores, trabajados a conciencia y pintados también de rojo. Delante del nicho inferior y sobre el sepulcro de Pedro — el muro rojo aquí probablemente sin fundamentos — quedó un hueco subterráneo de unos 50 x 50 cm. Esta fosa sepulcral estaba protegida al oriente por el sepulcro n; al occidente, por la parte ruda del muro rojo; al sur, y sobre el antiguo muro m¹ fué construído el muro m², y otro parecido probablemente en el septentrión: aquí, además, cuando la construcción del muro rojo, en lo profundo, tocando a los mismos fundamentos, fué colocado otro sepulcro (L). La fosa sepulcral la cerraron con una losa de piedra, irregular y oblicua al muro rojo, pero que correspondía exactamente a la dirección del sepulcro. Delante de la abertura y a la misma altura del pavimento de la Confesión, pusieron un umbral de travertino, sobre el cual se apoyaban dos graciles columnas de mármol, que sostenían, a 1,55 m. aproximadamente sobre la tapa del sepulcro, una pesada losa de travertino. Sobre ésta, el nicho (N³) pro-



Perspectiva del campo y de los mausoleos más próximos

guía más ancho y profundo. Toda esta estructura forma el edículo o monumento, que el presbítero romano Gayo llamó, hacia el año 200, "*trophæum Petri*", monumento de la victoria del mártir (EUSEBIO, *Historia Ecclesiastica*, 2,25; PG 20,210). Rodeado el pequeño recinto *P* de edificios por tres lados, el único lado que quedaba libre para el acceso, el del Norte, fué cerrado con un muro y todo el suelo allanado de forma que quedara a unos 10 cm. por debajo del pavimento de la Confesión.

Durante siglo y medio (170-325), hasta la construcción de la basílica de Constantino, el "trofeo de Pedro" fué objeto de continuos y solícitos cuidados. Habiéndose roto el muro rojo de arriba abajo, para cubrir la rotura fué construído un muro (*g*) como contrafuerte, que obligó a desplazar ligeramente hacia el Sur la pequeña columna. Este muro contrafuerte está lleno de grafitos cristianos; él, por su parte, ocultó un grafito más antiguo con las primeras letras del nombre de Pedro. Como ya no gustara la irregularidad de la tapa de la fosa sepulcral, pronto fué escondida con una nueva tapa de mármol blanco, colocada a unos 8 cm. de la anterior. Más tarde, la asimetría provocada por la construcción del muro de los grafitos fué corregida con la construcción de un pequeño muro (*S*) sobre el lado opuesto. Al mismo tiempo el interior del edículo fué recubierto de mármoles y el pavimento del área sepulcral se hizo de mosaico.

La basílica de Constantino

Cuando Constantino, en el siglo IV (324-349), quiere edificar su basílica sobre el sepulcro de Pedro, no necesita buscarlo, es conocido de todos los cristianos romanos. Por aquellos mismos tiempos, quizá algo antes, a principios del siglo IV, un simple cristiano había escrito en el mausoleo de los Valerios, a 25 m. del sepulcro del santo Apóstol, este epigrafe: "Pedro, ruega a Cristo Jesús por los santos hombres cristianos cerca de tu cuerpo sepultados" (2).

Como punto de partida de su basílica, Constantino señaló el "trofeo" de Gayo, que debía ocupar el centro del ábside, es decir, el lugar de máximo honor. El sitio, el eje y el nivel del pavimento de la basílica fué determinado por el sitio y eje del monumento.

Para la construcción se tuvieron que vencer enormes dificultades técnicas, morales, psicológicas y religiosas. En aquel entonces la colina del Vaticano presentaba una pendiente de Norte a Sur y otra más suave de Oeste a Este. Los arquitectos imperiales, para conseguir una explanada al nivel del "trofeo", levantaron hacia el Sur, en dirección Este-Oeste, tres muros colosales (su altura media es de 7 m. bajo el pavimento de la basílica), que debían regir las dos naves meridionales de la basílica. Por el lado septentrional hubo que desmontar una buena parte de la colina. La enorme cavidad que se formó bajo la nave central estaba ocupada por mausoleos, que pertenecían a familias poderosas. Para poderlos inutilizar, rellenando de tierra la cavidad y cortando las partes emergentes de los mausoleos, Constantino tuvo que apelar a toda su autoridad, más que a la de Emperador, a la de Pontífice Máximo del paganismo.

Si Constantino fundó su basílica sobre un cementerio esencialmente pagano y no buscó el sepulcro de Pedro entre los varios cementerios estrictamente cristianos que hacía decenios existían en Roma; si emprendió audazmente la superación de tan crecidas dificultades, quiere decir que se vió obligado a ello por las circunstancias: porque la Iglesia Romana estaba segura del emplazamiento del sepulcro de Pedro.

Constantino erigió en el ábside de su basílica, en lugar

de un altar, como habríamos esperado, un alto monumento cuadrangular. El monumento apostólico y cuanto estaba en contacto inmediato con él fué conservado con cuidado y reverencia sin par. Solamente se quiso separarlo y aislarlo del complejo de edificios circunstantes. Para ello el muro rojo fué cortado a la derecha del muro *g* y a la izquierda del muro *S*, recubriéndolo de mármol y pórfido en forma de edículo abierto hacia el Oriente. Podía, pues, contemplarse en su interior parte del monumento de Gayo, a saber: el nicho inferior *N*², que podía cerrarse con dos pequeñas portezuelas, y el nicho superior *N*³ con la losa de travertino *r* que los separaba. Parece que entonces en el suelo del edículo pusieron, en lugar de la plancha *a*, la losa de mármol que todavía está sobre la fosa sepulcral y cuyo destino primitivo había sido adornar el sepulcro de P. Elio Isidoro. El suelo de la capillita está cerca de 50 cm. por debajo del pavimento de la basílica constantiniana. En torno al Monumento se construyó un elegantísimo ciborio compuesto de cuatro columnas, unidas entre sí por un recinto marmóreo. Todo esto estaba sobre un pedestal de mármol, unos 20 cm. más alto que el pavimento normal. No había altar fijo allí; para celebrar la Santa Misa había que llevar uno portátil cada vez. Otras dos columnas estaban en los ángulos del ábside.

El aspecto del presbiterio y del monumento permaneció el mismo durante dos siglos y medio (350-600); aunque no cesó el afán de adornar sobre todo la parte interior del edículo. Sobre la losa de Isidoro fué colocada otra plancha de mármol *a*; en la cual había un agujero (25,5 × 19 cm.), por la cual los fieles podían introducir pequeños lienzos de lino que se llevaban luego consigo como reliquias; desde arriba fué agujereado igualmente para dicho objeto la losa de Isidoro. Poco después las paredes de mármol del edículo fueron recubiertas de plata. Algo más tarde, sobre la plancha de mármol *a*, extendieron una capa de cemento y colocaron tres láminas de plomo, pero conservando el agujero. También las paredes, quitada la plata, fueron recubiertas de plomo, adornado ciertamente con algún material más noble, oro o plata, aunque no quede vestigio de ello.

La reforma de San Gregorio Magno

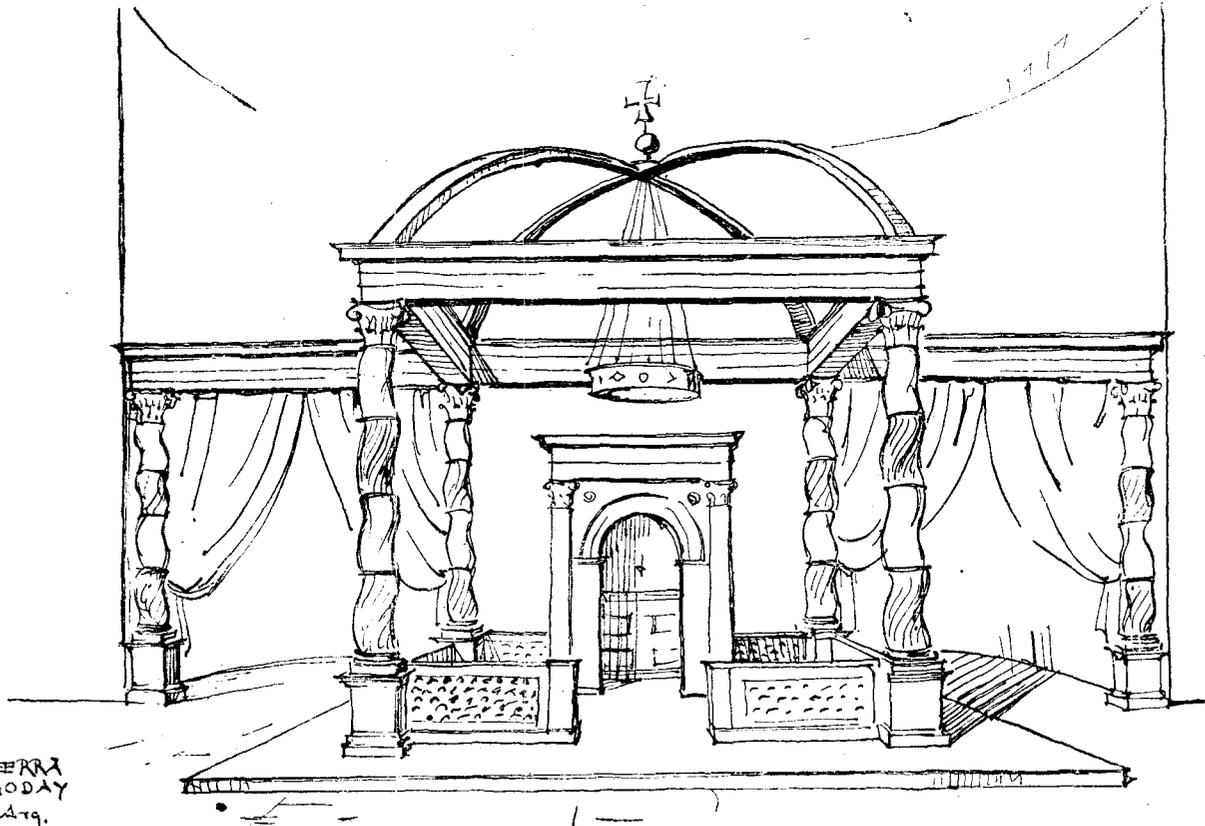
Entre tanto, el desarrollo ideológico tendía siempre a unir más estrechamente tumba de mártir y altar. No puede maravillar, por esto, que la relativa separación de altar y tumba en la basílica de San Pedro no pudiese durar por largo tiempo.

Sabemos que el Papa San Gregorio Magno (590-604) "hizo celebrar la Misa sobre el cuerpo del beato Apóstol Pedro". Las excavaciones han venido a demostrar que hay que interpretar estas palabras al pie de la letra. Gregorio Magno, quizá continuando obras que empezara su antecesor, Pelagio II (579-590), creó por primera vez la posibilidad material de celebrar sobre el cuerpo del Apóstol en el verdadero sentido de la palabra.

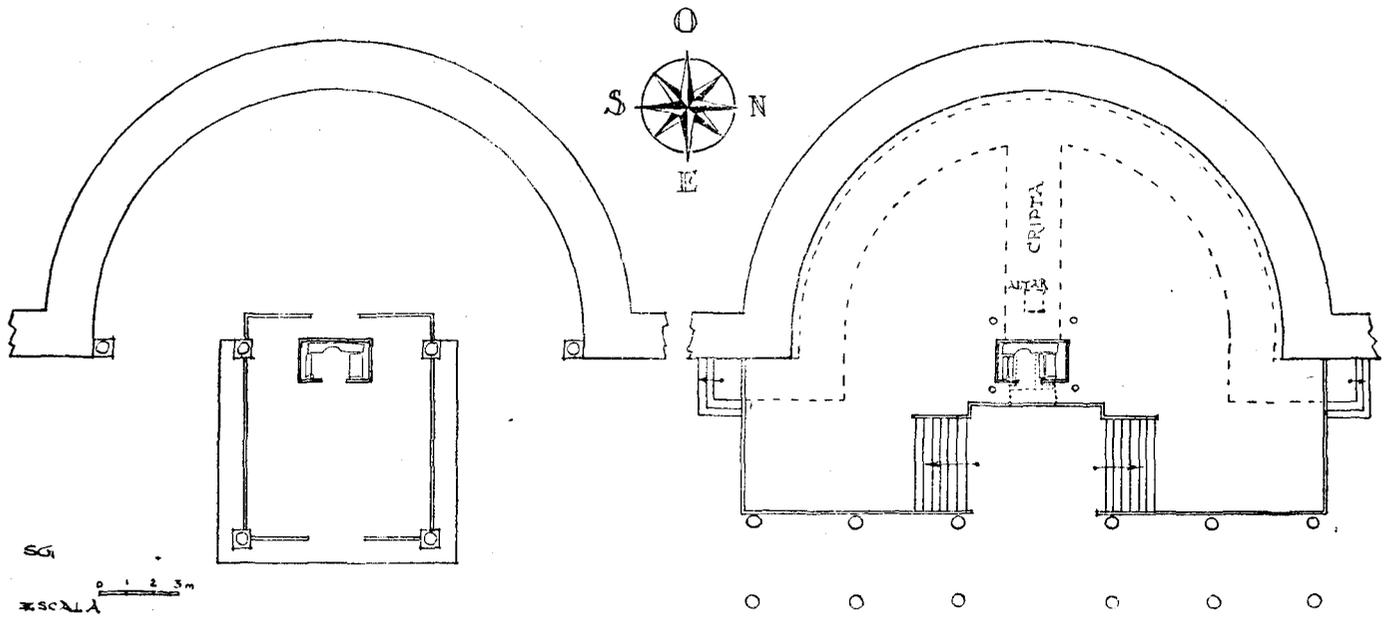
Se elevó el pavimento del presbiterio 1,45 m. sobre el antiguo, dejando solamente baja la parte de delante. Del monumento así escondido quedaba libre en lo alto precisamente tanto cuanto podía servir para el altar. Para hacer de nuevo accesible el venerado monumento también en su parte inferior, el espacio situado bajo el nuevo presbiterio elevado, después de rebajar el pavimento 63 cm., fué convertido en *cripta*. Los fieles podían descender a esta cripta por dos puertas situadas a ambos ángulos del ábside, dirigiéndose por un corredor semicircular a la parte posterior del ábside y de allí, en línea recta, acercarse al dorso del monumento y sepulcro.

Alrededor de la parte superior del monumento, convertido en altar, se levantó un baldaquino sostenido por cua-

(2) *L'Osservatore Romano* 22 Nov. 1952, N. 274, p. 3.

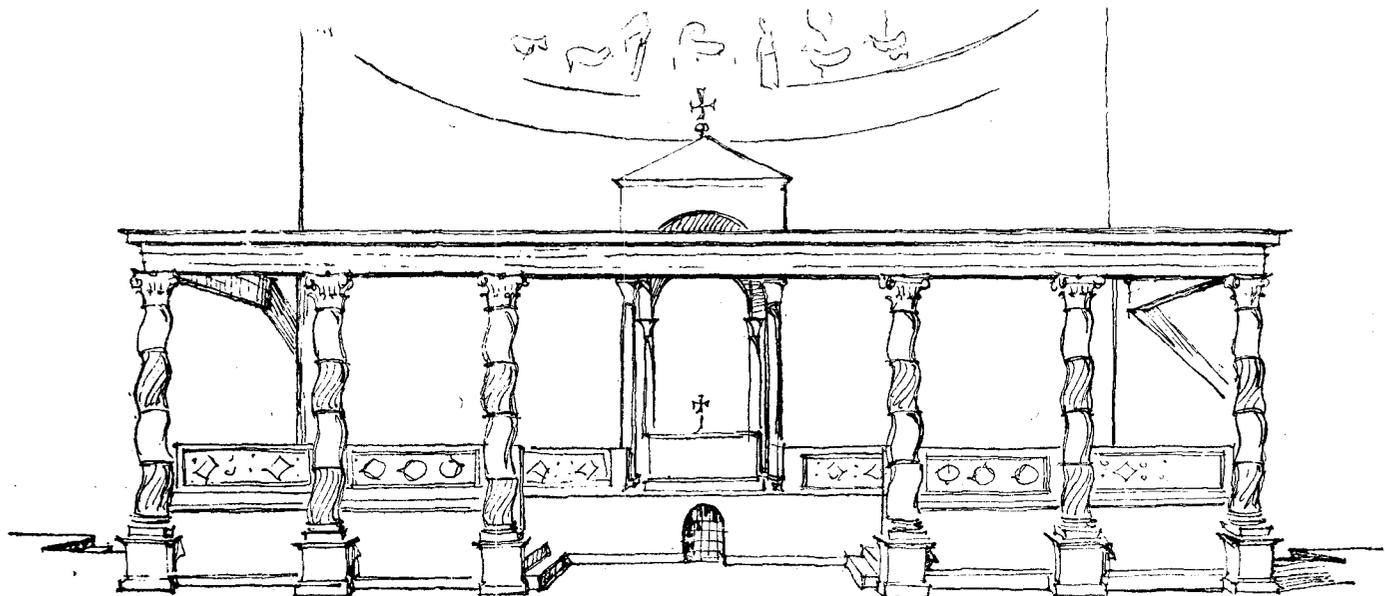


Reconstrucción del presbiterio constantiniano



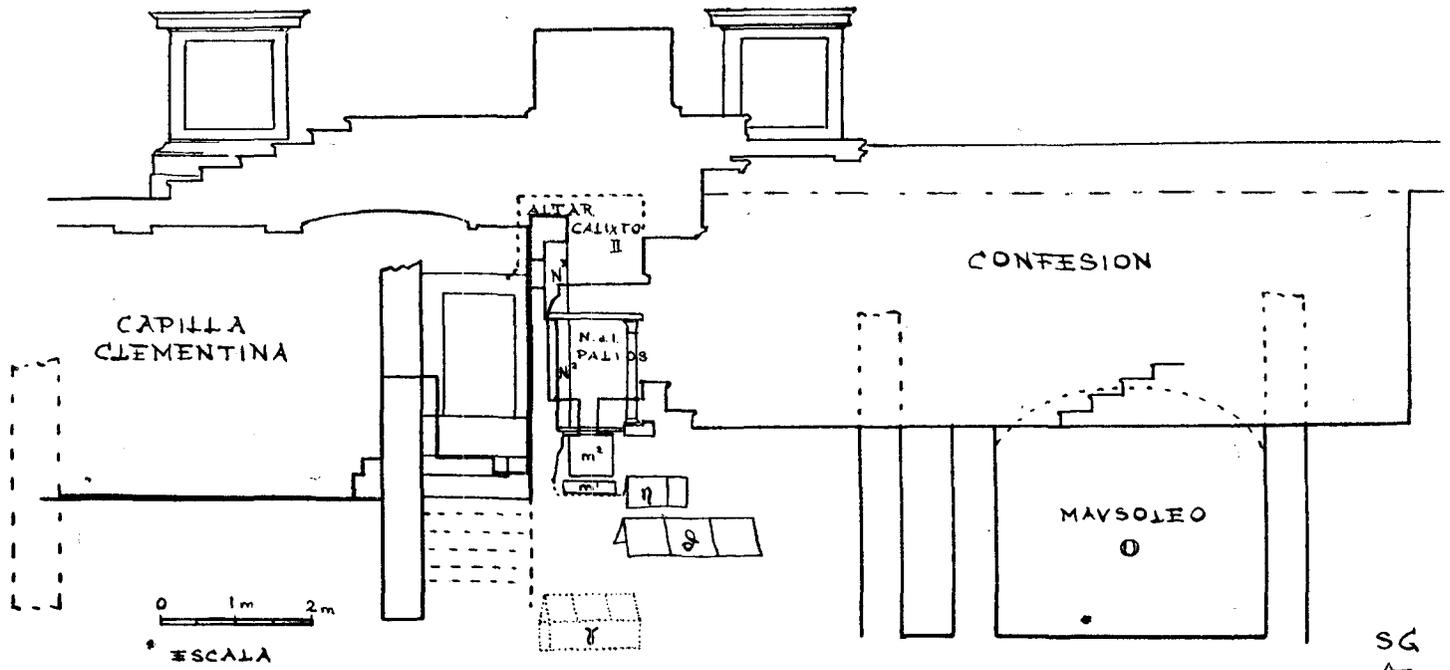
Planta del presbiterio constantiniano

Planta del presbiterio elevado (fines del s. VI?)

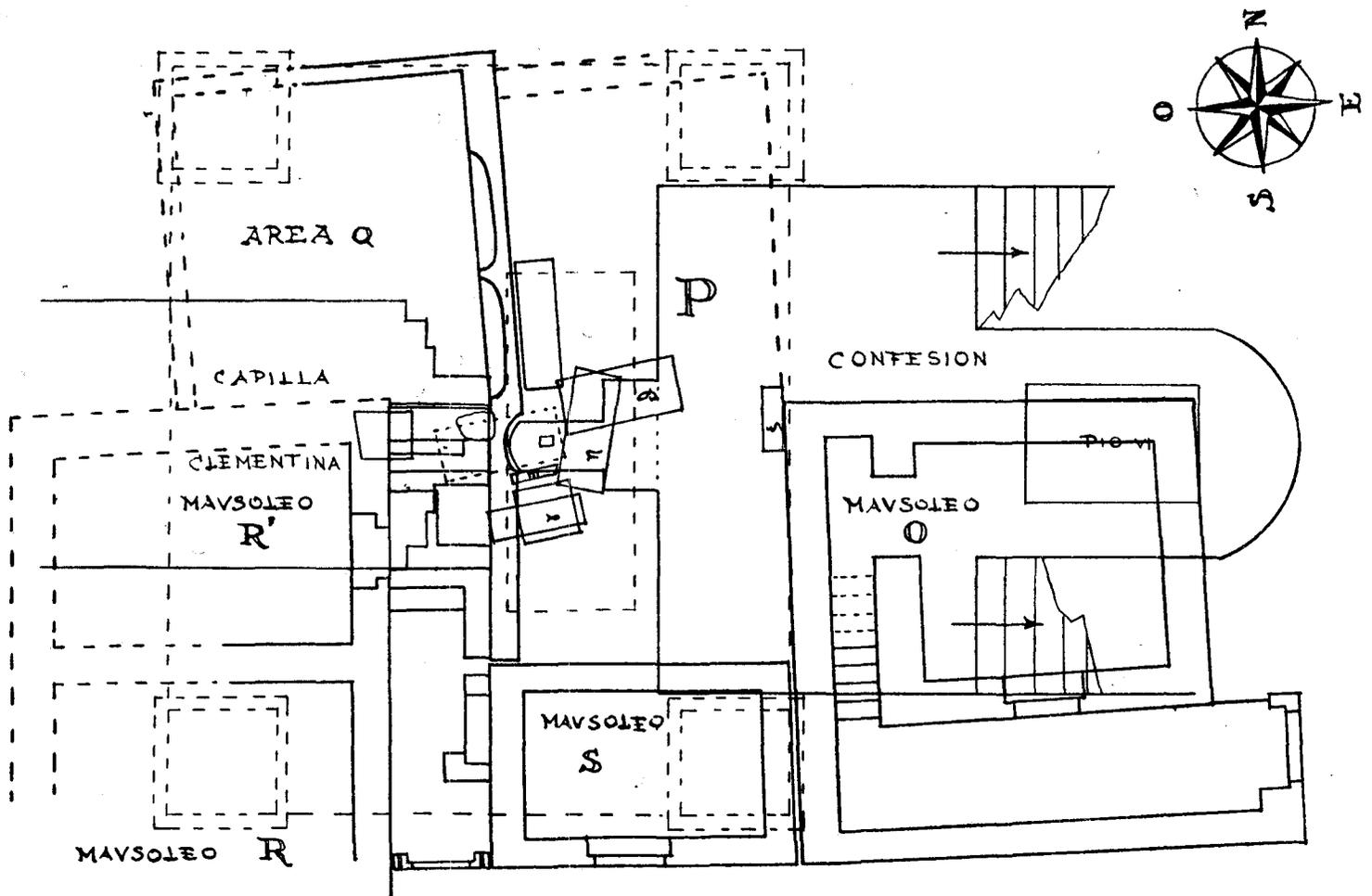


Reconstrucción del presbiterio elevado

PLURA UT UNUM



Sección por el eje longitudinal (O.E.) del altar actual de la Basílica de San Pedro, la Confesión y la capilla Clementina (línea roja) con la tumba de San Pedro; la memoria Apostólica (reconstruida) y los mausoleos romanos adyacentes (línea negra)



Planta (la línea roja punteada representa el altar actual y base de las columnas del templete de Bernini)

tro columnas. Las seis grandes columnas de Constantino fueron colocadas en línea recta ante el nuevo presbiterio.

También sufrió algunas modificaciones el *edículo*. El suelo con una nueva capa de cemento fué elevado al nivel del pavimento de la basílica; quitaron la losa de travertino *r* y sobre dos pequeños muros a ambos lados del nicho N² pusieron un nuevo techo más bajito en forma de arco.

De las obras de los siglos siguientes he ahí las principales: *siglo VII*, cerca del monumento erección de un pequeño altar; *siglo VIII*, colocación de otras seis columnas ante las seis de Constantino; *siglo IX* (846), invasión de los sarracenos, que forzaron y expoliaron el *edículo*; *siglo X* o posteriormente, ornato del nicho N² con una *imagen* en mosaico del Salvador, que continúa en su lugar; *siglo XII*, Calixto II (1110-1124) amplió y adornó el altar de Gregorio Magno; e Inocencio III (1198-1216) cerró el acceso a lo que hoy es "nicho de los palios" con una *verja* dorada.

La nueva basílica

En el año 1452 empezó la construcción de la *nueva basílica*, que fué terminada hacia el año 1630, de mucho mayores proporciones que la basílica de Constantino. El nuevo pavimento está puesto cerca de 3 m. sobre el antiguo. La antigua cripta bajo el presbiterio fué ampliada por Clemente VIII (1592-1602), convirtiéndose en la *capilla Clementina*, al par que se abrió un nuevo corredor semicircular más allá del muro del ábside constantiniano. El altar de la nueva basílica fué construido en lo alto sobre el altar de Calixto II, dejado intacto. Y para facilitar el acceso al *edículo* del monumento o "nicho de los palios" — porque allí se guardan los palios destinados a los arzobispos —,

se dejó el pavimento casi al nivel del antiguo pavimento constantiniano. Así nació la *confesión abierta*, a la que se desciende por dos escaleras; el nicho de los palios está detrás de la verja situada en su pared occidental. El plano del nicho de los palios está cubierto con una plancha de bronce dorado, con una pequeña portezuela, bajo la cual se encuentra la llamada "ventanilla de la confesión", que une el nicho de los palios con la fosa del sepulcro apostólico.

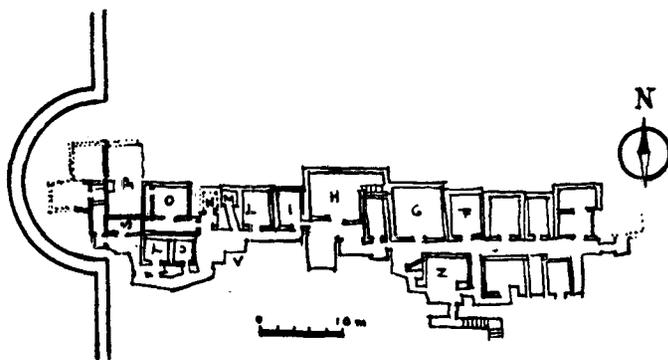
* * *

Los excavadores encontraron en la tierra de la fosa del sepulcro apostólico centenares de monedas echadas por los peregrinos de todos los tiempos y de todos los países de Europa — monedas que van desde Augusto (siglo I) hasta el siglo XIII, con preponderancia de las monedas romanas de los siglos III y IV.

Pero, más importante todavía, en el centro del nicho subterráneo, escondidos en la obscuridad de una lesión del muro, se encontraron muchos restos humanos. Estos huesos estaban en el centro de la tumba. Análisis llevados a cabo comprueban que son los restos de un hombre robusto y anciano. ¿Son los restos del apóstol San Pedro? Es de suponer que se están llevando a cabo los pertinentes estudios comprobatorios.

Para acabar, alabemos al Señor, porque, gracias a las técnicas modernas, nos ha sido dado, en pleno siglo XX, reconstruir la evolución maravillosa de una tumba en sus orígenes humildísima, cuyo hallazgo reconforta ciertamente nuestra fe de hijos devotísimos de la Cátedra de Pedro.

PABLO TERMES ROS, Pbro.,
Catedrático de Sagrada Escritura
del Seminario Conciliar de Barcelona



La necrópolis vaticana y la línea del ábside constantiniano

III

EL FRACASO DE LA EDUCACION

LA PERDIDA DE LA LIBERTAD

Ese silencio sepulcral

Las catástrofes por las que ha atravesado ya, en esta su segunda mitad, nuestro desgraciado siglo xx, obliga a toda persona honrada a plantearse una serie de preguntas de un alcance verdaderamente sobrecogedor.

La tremenda decepción del treinta y nueve ha paralizado los espíritus de muchos que creyeron a pies juntillas que había llegado la era de la paz después del desastre mundial del año catorce.

El período comprendido entre las dos guerras fué el momento cumbre de un entusiasmo desbordante por la educación y por la paz. Hasta se llegó a considerar a nuestro tiempo como «el siglo de los niños».

Se creyó en la Sociedad de las Naciones y se tuvo asimismo fe ciega en la educación. En las escuelas se habló con fervor de la Institución de Ginebra.

Después, ha sobrevenido ese silencio sepulcral... como una especie de punto de meditación para que ahora la humanidad pueda preguntarse, transcurrida ya una década — y más de una década, si tenemos en cuenta la verdadera iniciación de este mutismo editorialístico y de toda índole en que estamos sumidos —, para que pueda preguntarse, decimos, qué se ha hecho de la educación. El hombre convertido en una bestia feroz, ¿es quizá ese el ideal que se proponía la nueva escuela? Y si no lo era — que no lo debía ser — ¿qué misterioso virus se ha infiltrado en ella para que se haya visto conducida a un desastre tan colosal, a un fracaso tan inaudito?

Estas preguntas son demasiado trascendentes para que se pueda responder a ellas de un modo concreto y atendiendo al pormenor. Pero no por eso las preguntas mismas han de perder un ápice de su doloroso sentido. Y si alguno no lo juzgase así, allá cada cual con su conciencia.

El hecho es que ahí está la realidad interrogándonos, y lo que es peor, sin hallar una actitud sincera por nuestra parte. Parece incluso como si ni siquiera fuésemos capaces de advertir el fracaso. Sin duda esto se debe a la magnitud del mismo cataclismo, que ha dejado a los entusiastas de antaño mudos de decepción, y a los jóvenes imposibilitados para sentir entusiasmo por nada.

Convenamos en que el escaso interés mundial por estas cuestiones arrastra la mayoría de las veces que hoy se habla o se escribe de doctrina pedagógica, a un parloteo sin convicción. Y ni aún así se rozan las preguntas — cuanto menos las respuestas — que hemos planteado.

La existencia, dominada por el miedo

¿Qué puede haber pasado?

Nuestro mundo tiene ahora — dice el Papa — una estructuración mecánica. Se ha producido una despersonalización en el hombre, y hasta parece que la educación se ha propuesto conscientemente fabricar técnicos. De modo y manera que si, en un caso determinado, algún educador ha desbordado esta consigna, se le ha dicho: no nos interesa que enseñe a pensar a nuestros futuros obreros; simplemente haga de ellos unos «buenos obreros» y habrá cumplido con la misión que se le ha encomendado.

Lo grave del caso es que esto es verdad, porque con ello se quiere significar que es una pretensión absurda y de fatales consecuencias sociales preparar a los futuros obreros para ser directores. Pero es una verdad a medias, porque toda persona tiene el derecho de ser considerada como tal, es decir, de recibir el trato de un ser humano, y por consiguiente una educación adecuada a tal dignidad. Y esa dignidad estriba en el pensamiento y en la libertad.

Si al hombre, sea o no sea obrero, que esto poco importa para lo que ahora queremos decir, no se le enseña a pensar, pasará a ser una pieza más en el utillaje fabril, social y político. En este último aspecto ha de comportarse como si tuviese convicciones; mas siendo imposible que él las pueda alcanzar por su propia cuenta, dada su situación, las recibirá en préstamo.

Esta clase de existencia en el orden del pensamiento, que es al que nos estamos refiriendo principalmente, pero que en definitiva será paralelo a la misma vida material que se desenvuelve cada vez más influida por la costumbre, o la necesidad, de las compras a plazos, esta clase de existencia, decimos, no tiene más remedio que conducir a una vida dominada por el miedo.

Cuando el perímetro personal va disminuyendo y tiende a reducirse a cero, al desaparecer entonces toda intimidad, resulta la persona como desamparada ante la realidad exterior, y adquiere esa característica situación y actitud expectante del animal que, porque desconfía, tiembla de lo que se mueve a su alrededor.

Luego la exacerbación del miedo es debida, por una parte, a la falta de consistencia del ser personal, que ha sido destituido de su propia naturaleza pensante.

Sin embargo, no sólo es eso; hay, además, en la atemorización del hombre actual, otro factor hasta cierto punto más objetivo porque proviene de una real amenaza externa; pero en el fondo puede reducirse al anterior, en cuanto ante esa amenaza — que por otra parte ahora no nos interesa considerar — puede la persona adoptar una actitud de pusilanimidad o bien de fortaleza, y ambas actitudes vienen condicionadas por el menor o mayor vigor mental de la persona.

Dicho más concisamente: la pérdida de la libertad tiene como causa la ausencia de contenido en la persona. Si a ese contenido lo llamamos patrimonio o «haber» espiritual, resulta que el tipo de esclavitud a que nos estamos refiriendo se produce por un empobrecimiento, por una ruina del espíritu. La persona ha perdido así el punto de apoyo de su actividad; y esto significa, simplemente, que no tiene dónde asegurar con sólida firmeza su propia vida para seguir viviendo, de un modo parecido a como el sistema muscular — descendiendo a un ejemplo de tipo físico — resulta inservible para el movimiento local si pierde su consistencia, su fundamental inserción en una estructura ósea.

El conflicto entre la ley y la espontaneidad

Se trata de fuerzas para vivir; pero no de la vida del hombre, sino de un vivir humano, y necesariamente tenemos que situarnos en la raíz de la actividad humana misma, si queremos hacer un poco de claridad en el tema propuesto, que, no lo olvidemos, apunta al fenómeno de la pérdida de la libertad como uno de los motivos del actual fracaso de la educación.

Y este punto de emergencia de los actos humanos nos manifiesta unos principios que arrancan de dentro, por decirlo así, y que por eso son intrínsecos, y otros principios que vienen de fuera, los extrínsecos. Los primeros suelen llamarse potencias y hábitos; los segundos, que guardan una estrecha correlación con los anteriores, son la ley y la gracia.

Con sólo eso tenemos ya planteada aquella tremenda antinomia entre lo particular, el sujeto, y lo universal, la norma. Pero más que nunca este planteamiento nos puede permitir entrever la solución.

Porque lo exterior, la ley — dejemos para otra ocasión el tratar de la gracia —, que parece coartar la espontaneidad del individuo, infiere a través de la naturaleza, e indica desde fuera, aproximadamente lo mismo que la naturaleza misma está incoando en la hondura del ser; indica o apunta al fin. La ley en ese preciso instante, y por medio de todos los instantes del humano existir de cada cual, coadyuva a la formación de lo que llamaremos el hábito.

Efectivamente, la ley manda y obliga a hacer esto y a no hacer aquello, y el que se atiene a ella, acaba por no advertir ese esfuerzo que al principio le suponía su cumplimiento.

Ahora bien, el fin que la ley manifiesta es externo, está fuera del sujeto, y, en consecuencia, un factor de fuera, la ley, determina de alguna manera la actividad de la persona. La persona puede entonces rebelarse contra esa ley, pero fijémonos en cómo y cuándo esto sucede. La rebelión acontece en el instante en que el sujeto objetiva la ley, es decir, cuando ésta tiene para él una mera vigencia externa. Entonces gravita realmente, pesa en definitiva,

haciendo nacer una especie de hiperestesia, de sensibilización a la norma, arrastrando y sumiendo a la persona en lo que se ha dado en llamar el sentimiento trágico de la vida. Polarizados así los factores «espontaneidad» y «ley», lo particular y lo universal, y una vez enquistados en extremos de irreductible aislamiento no pueden menos de entrar en colisión permanente. De aquí la amenazadora actitud de uno frente al otro, y en consecuencia el *temor* y el *miedo*.

¿Qué es el hábito?

Desde este momento la ley pugna por absorber al individuo en sus rígidas mallas, intentando moldearlo, haciendo nacer en él el hábito de la norma. Así hemos podido llegar a decir que la ley concurre a la formación del hábito.

Pero ¿qué es el hábito?

Hoy todos los ataques parecen concentrarse sobre esta mágica palabra. En definitiva, se le juzga como el contravalor por antonomasia. Cuando se habla de hábito, se está pensando de modo principal en una *mecanización* de los actos humanos, en la anulación de la libertad.

Efectivamente, se dice de una persona que adquiere un hábito cuando se acostumbra a realizar una actividad gracias a una repetición de los actos que la integran.

Pero el hábito ¿es una mecanización de la vida humana? ¿Acaso un puro automatismo en una determinada actividad? Si así fuera el hábito redundaría en una despersonalización, en un empobrecimiento, en una pérdida de conciencia. El mismo pensar, por estar necesitado de unas técnicas psíquicas, acabaría también traduciéndose en un mecanismo, en un manejo rutinario de ciertos resortes, obtenido a fuerza de repetición.

En realidad lo que sucede es que, por el hecho de estar habituados a una cosa, logramos un punto de partida en el trato con ella que no es el estricto límite del cero. Vamos hacia delante desde una distancia lejana ya del lugar de la salida. El espacio dejado en medio fué transitado por nosotros en sucesivos intentos, y ahora disponemos de esa ventaja; no es menester que volvamos ya hacia atrás. Lo pasado está, por esta razón, condicionando al presente actual, de suerte que hasta los más insignificantes detalles de nuestra actividad pueden tener una larga historia vivida, aunque quizá ignorada.

Este patrimonio, esa riqueza, lo que el sujeto tiene en su «haber», constituye cabalmente el hábito, que podemos definir con mayor precisión considerándolo como una cualidad por la que la persona se dispone bien o mal en sí misma o por referencia a otra cosa (1).

Al margen de un análisis detenido de esta definición, imposible de llevar a cabo en este instante, es necesario anotar estos dos concretos aspectos de su significación: El hábito, en primer lugar, por ser una cualidad —recuérdese lo que antes expresábamos con la denominación «riqueza espiritual»—, viene determinado por la individualidad de la persona, por su ser personal, pero tal cualidad resulta referida a la naturaleza del hombre.

En segundo lugar, implica un fin al cual se ordena esa disposición (2). De aquí que en el hábito figure una constitutiva referencia a la manera buena o mala de disponerse el sujeto.

Volvamos ahora sobre nuestros pasos. Al hablar del conflicto entre la ley y la espontaneidad es obvio que nos estábamos refiriendo al hábito como punto de intersección donde se aúnan aquellos elementos procedentes del exterior y los que arrancan de dentro.

El elemento foráneo, que es la ley, ha de sincronizarse necesariamente con el íntimo modo de ser de la persona porque de lo contrario deja incluso de poder recibir *legalmente* el nombre de tal.

Atendamos a esto, porque la espontaneidad del individuo, el otro elemento del hábito, no sufre merma alguna con ello; dejando a un lado el hecho fundamental de que el hábito arranca de una opción, es decir, de una posibilidad radical de orientarse, y, en definitiva, decidirse por una cosa entre las muchas que se le ofrecen (3), dejando aparte esto, repetimos, es luego la riqueza íntima de posibilidades, que van ampliando cada vez más el horizonte de la actividad vital del sujeto, lo que hace auténticamente libre a la persona, como es lógico.

El hábito, pues, lejos de arruinar al individuo, lo enriquece; en vez de reducirlo, lo amplía y expansiona.

Claro está que el hábito supone una repetición de actos, pero quedarse en esto simplemente significa no avanzar ni un solo paso, o sea, dejar de existir como persona.

El hábito es la modificación que el vivir racional engendra en las potencias del hombre, no a modo de un simple disparador o gatillo, sino penetrando hasta lo más íntimo de ellas para conformarlas desde su raíz. Así que mientras la ley, como las ruedas de un tren en los railes, no haya encontrado allí en lo hondo un encajamiento perfecto, el sujeto siempre estará en la inestabilidad de un perpetuo descarrilamiento espiritual. Y tal como a nadie se le ocurrirá decir que se salva la espontaneidad y libertad del maquinista si permite que el tren corra por fuera del rail, del mismo modo, guardando las debidas distancias, tampoco debe pensarse que la libertad estriba en quebrar la viabilidad de la existencia humana.

Todavía se dirá que precisamente porque se han de guardar las debidas distancias no hay paridad entre ambos casos. Y sin embargo sí que la hay.

Es el hábito, insistamos de nuevo, todo lo contrario de una *rutina*, pues aunque suponga ciertos mecanismos, con todo, implica la *adaptación de ellos a situaciones fundamentalmente nuevas*.

Una adaptación de esta índole, requiere, por lo pronto, un *algo* que pueda ser adaptado, y después la adaptación misma. Ni que decir tiene que el hábito se refiere radicalmente a la capacidad de adaptación, que es lo que caracteriza al ser racional, que por eso es un ser histórico, un ser pendiente de su pasado y de su futuro.

De modo que si esto es así, sin hábito no es posible la libertad humana. En consecuencia ¿no resultará paradójico que en nuestro tiempo se reivindique la espontaneidad y la libertad del individuo, cuando precisamente se considera el hábito como un contravalor? ¿No denuncia el Papa la mecanización de la vida humana, y la despersonalización del hombre? ¿Tendrá esto algo que ver con la pérdida de la libertad, ahora que el hombre ha pretendido liberarse de toda norma, y con el fracaso de la educación, ahora que se ha querido hacer de nuestro siglo el siglo de los niños?

Pero todo esto quizá lo entenderemos mejor si lo trasladamos a un plano menos teórico como es el de la educación.

Coerción y libertad en Pedagogía

En sentido primordial el educador pretende desenvolver a la persona de dentro a fuera, procurando situarla activamente ante la vida.

Por lo menos parece haber general acuerdo en afirmar que la educación apunta a la formación de la personalidad. También se podría decir que pretende constituir las virtudes.

Ahora bien, el hecho de que esta última expresión suela emplearse hoy día con poca cautela por algunos, y con desprecio por otros, nos puede servir no sólo para precisar las directrices de la educación moderna, sino también para poder señalar el sentido de las más importantes desviaciones en esta materia, y lógicamente para poner las bases de una solución.

Entre la multitud de teorías, de tendencias y de métodos pedagógicos que hoy existen, seguramente pueden adivinarse las dos características siguientes: por un lado se pretende educar al niño por medio de la coerción, por otro se busca lo que suelen llamar la libre expansión de la persona. Son los dos extremos. Por lo tanto, al margen de ellos sólo caben posiciones intermedias.

Hemos asistido al fracaso de aquellos sistemas educativos extremistas, pero también, aunque en menor grado, al fracaso de otros métodos que han querido equidistar de ambos. ¿Por qué? Probablemente se debe a que resulta muy difícil comprender el modo de ser de la infancia.

Pongamos por ejemplo el fenómeno del *miedo*, que es algo muy importante en esta cuestión y del cual ya hemos hablado. El miedo, una de las más primitivas reacciones del hombre, acompaña al niño desde el nacimiento para adquirir después unas extrañas y variadísimas formas y centrar en sí una de las fundamentales preocupaciones del educador. Y no sin graves razones, porque el problema que aquí se plantea es de proporciones extraordinarias.

Sencillamente el educador se encuentra con un elemento, al parecer esencial, en la estructura psíquica humana, que le resulta de fácil manejo y que además le conduce con asombrosa celeridad a resultados prácticos inmediatos en la «educación». Pero hacer obediente y dócil a un niño no parece significar otra cosa que plantear unas consecuencias a sus acciones lo suficientemente terribles para que una vez conocidas pongan en marcha automáticamente el resorte de ese misterioso mecanismo interior del miedo. Es la «educación de la vara».

La experiencia nos enseña a cada momento que esta barrera tendida desde dentro por el miedo y desde fuera por sus fomentadores, lo será todo menos infranqueable.

El miedo tiene esa característica peculiar y curiosísima: que cohibe al hombre, pero nunca lo inhibe. Ni el miedo a las ma-

(1) En realidad siempre que aquí hablamos de hábito estamos pensando y refiriéndonos al hábito bueno, es decir, la virtud.

(2) Vid. para todo esto la admirable exposición de Santo Tomás en *Suma Teológica*, I^a, II^a, q. 49 y sgn.

(3) Vid. loc. cit. q. 49 art. 4.

yores catástrofes ha impedido jamás al niño la realización de sus deseos, cuando son fervientes; ni al niño, ni al hombre. Cuando la conciencia apunta a la espada suspendida sobre nuestra cabeza, claro está, entonces el instinto de la propia conservación actúa irremediablemente. Pero es obvio que la atención en el niño, y también en el adulto, posee extraordinaria inestabilidad.

Por otra parte se dice, y con razón, que el sujeto se habitúa al castigo, que al perder la novedad se hace rutinario y deja de causar temor.

Todo esto por lo que mira a un aspecto concreto del primer sistema educativo, el que se apoya en la coerción.

En cuanto al segundo sistema, el de la libertad total, es un método no menos preferido por educadores circunstanciales, los que al margen de su quehacer profesional auténtico rozan de alguna manera la actividad del niño; preferido porque es fruto de la pereza, que en el hombre tiene raíces más hondas todavía que el llamado amor propio.

Pero en muchos educadores, profesional y vocacionalmente entregados a las tareas pedagógicas, este último método responde a una convicción teórica. Es, en estos últimos tiempos de liberalismo, la concepción dominante en Pedagogía. Rousseau fué su profeta.

El fracaso de la educación en nuestra época

Ya tenemos, pues, las doctrinas. Veamos ahora las desviaciones. En primer lugar la teoría de la coerción no hace más que agudizar el peso de la ley, su «objetividad». En segundo lugar, la posición liberal, llamémosla así, por huir de la ley destruye la naturaleza, que es donde paradójicamente quería apoyarse, pero sobre todo aniquila la libertad misma.

Sería muy largo seguir paso a paso estos procesos: por eso nos atenemos únicamente a los resultados.

Por lo demás, el defecto siempre de los problemas que parecen insolubles está en el planteamiento, mucho más en las cuestiones ontológicas de las que dependen en último extremo las educativas. Porque la realidad no puede ser considerada correctamente de un modo mecánico; hay en ella algo dúctil y maleable que no puede ser encuadrado en líneas de rigurosa simetría geométrica.

Así pudiéramos sentir la tentación de afirmar que el miedo, una de las causas del fracaso de la educación moderna, no sirve para nada, puesto que muchas veces es no ya inútil, sino incluso contraproducente. Pero el miedo tiene algún sentido; no faltaba más; de lo contrario no estaría ahí condicionando las primeras actitudes del niño. Lo que sucede es que se ha pretendido hacer de él la más poderosa de todas las armas para mantener a raya los instintos del hombre.

O bien pudiéramos llegar a sostener que la libertad ha de ser desterrada de la educación por el hecho de que aplicada sin restricciones ha conducido a un estado caótico en la educación.

Y sin embargo no es así; ni el miedo, ni la libertad pueden desaparecer de la educación sin arrastrar a ésta a un fracaso completo. Más todavía: la educación se ha de proponer radicalmente hacer del niño un hombre libre y al mismo tiempo transformar el miedo en respeto.

¿Cómo puede conseguirse este ideal?

Por lo menos tenemos la seguridad de que nos acercáramos a él siempre y cuando pudiéramos lograr constituir en el educando la virtud, que es un hábito bueno. Porque del mismo modo como lo que llamamos «cultura» o «civilización» consiste en la asimilación de un saber que nos viene de afuera y que echa raíces y

fructifica en nuestro espíritu haciéndolo fecundo, así la virtud es la absorción de la ley por parte de la persona a través de su naturaleza y de su individualidad. También así la vida normalizada y la norma vitalizada pasan a ser automáticamente los ingredientes de la verdadera libertad. Esto es poco más o menos lo que hemos venido diciendo hasta ahora.

Aplicaciones pedagógicas generales

Otra cuestión, en definitiva más arriesgada, es llevar a buen término esta formación de la personalidad o de las virtudes. La idiosincrasia del período de vida infantil, la mútua incompreensión entre el niño y el adulto, conduce normalmente al educador a ese característico vértigo del abismo, producido por la desazón que nos invade cuando no obtenemos resultados inmediatos, siendo así que está en juego nada menos que el futuro ser o no ser de una persona.

Entonces es cuando se recurre a lo más inmediato, que hasta cierto punto es lo más cómodo y fácil. Aprovechando la asombrosa receptividad mecánica del niño se hace del período de aprendizaje una especie de competición por incrustar lo que ingenuamente se cree «adquisiciones», y que en realidad no pasa de ser una verdadera turbamulta de «cosas» sin sentido posible para el niño, cumpliéndose aquí no pocas veces — y con carácter más dramático — el refrán que dice: «día de mucho, vispera de nada».

No perdamos de vista que el niño, en razón de su especial situación de inferioridad, está convirtiendo en automatismos de todas clases, al incorporarlos a su lenguaje, el lenguaje y el pensamiento de los adultos. Repite frases hechas, gestos y actitudes sin penetrar su significado, y sin que ello le importe mucho. Esto es así y nada ni nadie lo podrá cambiar; el niño necesita hacerlo; son sus primeros intereses y la naturaleza los desvela en este momento para hacer posible lo que ha de venir después.

Pero del mismo modo como esa no es la principal intención de la naturaleza, tampoco lo ha de ser del educador, quien ha de conducir al niño a adueñarse de aquellos automatismos para enderezar su actividad a objetivos más elevados.

Tal enderezamiento — y he aquí el punto quizá más importante de la labor educadora — ha de procurarse que no sea una rectificación; es decir, debe iniciarse desde el principio mismo de la constitución de los mecanismos mentales. Queremos decir que el hábito debe de estar desde siempre orientado a la virtud. O dicho de otra manera: cuando las cosas se pueden hacer bien no hay necesidad de hacerlas menos bien. Pensemos por ejemplo en la tontería que cometen los adultos cuando al hablar con el niño imitan su defectuoso lenguaje; por no entretenernos a sacar consecuencias de las absurdas respuestas que la mayoría de las veces se dan a ciertas preguntas infantiles, que si no son fáciles de contestar en su plena verdad, por lo menos admiten siempre una respuesta verdadera.

El período de la edad evolutiva se apoya principalmente en estas dos funciones psíquicas: la imitación y el juego, a través de las cuales recibe el niño la mayoría de sus adquisiciones. Por lo tanto eso es lo que tiene que cuidar de modo especial el educador, para sirviéndose de ello llegar hasta lo más profundo del niño, influyendo en él por la base, que es la manera más eficaz de influir.

Mas luego en vez de dárselo todo hecho sabrá «abandonar» hábilmente al educando a una adquisición personal, porque siendo su modo de ser individual e intransferible — ¡cuánto de innato hay en el niño! — así lo adquirido permanecerá más arraigado.

FRANCISCO HERNANZ

Los sucesos de Alemania y la reclusión de Winston Churchill

El señor Churchill inicia un plan

CUANDO el senador William F. Knowland, presidente de la Comisión Política de la alta Cámara norteamericana, pidió la palabra en el transcurso de la sesión celebrada por el Senado el día 13 del pasado mes de mayo, hubo entre los miembros de la asamblea un movimiento general de expectación. ¿Trataría, acaso, Knowland de las trascendentales sugerencias que acababa de hacer el jefe del Gobierno británico sobre las relaciones del mundo democrático con el bloque soviético?

En los pasillos del Capitolio, las manifestaciones del señor Churchill habían sido recibidas con creciente indignación; interpretándose por algunos como una tentativa de influir decisivamente en la política exterior norteamericana para conducirla por las vías del apaciguamiento y del compromiso con los sucesores de José Stalin. ¿Qué intereses movían al inquieto jefe del conservadurismo británico al patrocinar las últimas propuestas rojas en las conversaciones de Panmunjon? ¿Qué pretendía Inglaterra —Churchill, Attlee y Bevan— apoyando una nueva conferencia secreta de los “grandes” muy al estilo de la celebrada en Yalta?

A estos interrogantes, efectivamente, trató de dar respuesta el senador Knowland con unas terminantes palabras: “Puede ser que los dirigentes británicos crean que están comprando la paz en nuestro tiempo. Sin embargo, el hecho trágico es que están haciendo inevitable la tercera guerra mundial, ya que si nuestros obstinados aliados están tan intimidados por el comunismo internacional que usan su influencia para impedir a este país (Estados Unidos) adoptar las únicas medidas que podrían haberse tomado para ganar la guerra en Corea durante los dos últimos años, ¿cómo podemos esperar de ellos que hagan frente a la inevitable demanda de los comunistas chinos?”.

La relación entre el armisticio de Corea y la posible reunión de los jefes de gobierno democráticos con el supremo representante de la URSS era demasiado clara, incluso en el propio discurso de Churchill, para no suscitar en el Senado norteamericano la ola de protestas que provocó, especialmente al conocerse los términos de la respuesta de Attlee, acusando a determinados dirigentes de Washington de no desear el término de la guerra coreana. Si Churchill deseaba de todos modos una conferencia internacional con la participación de la Unión Soviética, ¿cómo podía esperarse de la Gran Bretaña una actitud sensata frente a las exigencias de chinos y norcoreanos en Panmunjon? ¿Cómo no vislumbrar la entrada de la China roja en las Naciones Unidas y su participación en las conversaciones de las grandes potencias?

La reacción de Washington —sin contar al Presidente y al secretario de Estado, en viaje éste por Israel y los países árabes— fué tan fulminante que el propio Knowland, en un momento dado, llegó a pedir a Gran Bretaña que se alinease de una vez al lado de Moscú para que los Estados Unidos supiesen exactamente a qué atenerse sobre la identidad de sus verdaderos enemigos. Incluso el señor Churchill se encerró discretamente en un acusado mutismo esperando el desarrollo de los acontecimientos. Y éstos pedían urgentemente que de la Casa Blanca saliese una con-

testación responsable a la singular propuesta que acababa de hacerse en la Cámara londinense.

Eisenhower convoca la conferencia de las Bermudas

La respuesta del Presidente Eisenhower tardó algunos días en hacerse pública. ¿Por qué? Cabe presumir que la maniobra iniciada por Churchill contaba de antemano con la conformidad esencial de la Casa Blanca y de algún o algunos elementos dirigentes del Kremlin.

Por de pronto sabemos, por el testimonio del propio Eisenhower, que los puntos esenciales del discurso del *primer* británico le habían sido comunicados por éste con la antelación suficiente para que no se pudiese hablar de sorpresa. Y entra en el terreno de lo probable que se tratase de algo más que una simple información, sobre todo si se considera el contacto permanente existente por la vía diplomática entre las dos potencias anglosajonas, ligadas por tratados defensivos y por acuerdos específicos de utilización de bases militares y de acción política común frente a la Unión Soviética. Pero, además, ¿cómo no vislumbrar la posibilidad de que el llamamiento de Churchill encajara directamente en la llamada “ofensiva de paz” desencadenada por Malenkov y sus inmediatos colaboradores? Recuérdese que en el último período preelectoral el jefe conservador británico prometió entrevistarse con Stalin para llegar a un entendimiento con la URSS; que Eisenhower, después de tomar posesión de su cargo de Presidente, también se manifestó dispuesto a hacer la mitad de camino para celebrar conversaciones con el representante más calificado del Kremlin, y que este ofrecimiento lo repitió después de la muerte de Stalin. En vida de éste, no pudo llevarse a efecto tal tentativa, pero desde la subida de Malenkov se sucedieron las demostraciones pacifistas de los Soviets hasta llegar a crear, singularmente en Gran Bretaña y Francia, un ambiente propicio al apaciguamiento de la Unión Soviética. Se comprende, pues, que la sugerencia de Churchill tuviera asegurada de antemano la simpatía y el favor de la Casa Blanca y del Kremlin.

Pero en Norteamérica las cosas no parecían desarrollarse conforme a los deseos de Eisenhower, y la agresiva reacción del Senado impidió a aquél manifestarse con la urgencia y la amplitud necesarias. Por eso, tal vez, el Presidente norteamericano sugirió, de acuerdo con Churchill, una reunión previa entre los representantes de las democracias, convocándose a tal efecto una conferencia en las Islas Bermudas.

¿Qué finalidad se perseguía con esta reunión de los jefes de gobierno de los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña? Oficialmente se dijo que respondía a la necesidad de que los occidentales fijasen una línea de conducta común mediante un examen concienzudo de la realidad política. Sin embargo, la declaración de René Mayer ante la Asamblea Nacional francesa asegurando que la conferencia de las Bermudas era el primer paso para celebrar una reunión de los “grandes”, puso al descubierto las verdaderas intenciones que guiarían a algunos en su desplazamiento a dichas islas. ¿Acaso tal manifestación no sugería la necesidad de una presión abierta, de un compromiso

ineludible, para forzar al Senado y a la opinión pública de Norteamérica a aceptar un encuentro con Churchill y con el dirigente máximo — el que fuera — de la URSS?

El hecho era que la Casa Blanca respondía a la invitación inglesa invitando a su vez a sus dos aliados europeos a estudiar los problemas fundamentales de Asia y Europa, mientras negaba toda intención de aceptar por adelantado una conferencia con Rusia. No obstante, ¿qué otra intención podía tener la reunión de las Bermudas? ¿Acaso no afirmaba una noticia fechada en Londres el 22 de mayo que “los diplomáticos ingleses han empezado a hacer los planes para celebrar una reunión occidental con los jefes del Kremlin en julio o primeros de agosto”?

Discrepancias entre el Capitolio y la Casa Blanca

No hay que olvidar que la conferencia de las Bermudas fué convocada en unos momentos en que el armisticio de Corea parecía ser algo inmediato, hasta el extremo de que Eisenhower podía calcular con cierta verosimilitud que en el instante de comenzar sus conversaciones con los representantes de Gran Bretaña y Francia tendría en sus manos, para su oportuna exhibición ante la oposición del Senado, una prueba palmaria de los deseos pacifistas que anidaban en el Kremlin después de la desaparición de Stalin.

Este tono optimista sobre la situación nos lo daba en una de sus crónicas José M.^a Massip desde Wáshington. “Si se superan — decía — los obstáculos de las negociaciones y se llega a un acuerdo sobre el tiempo que los prisioneros no repatriados tengan que permanecer en sus campos de concentración, hasta la convocatoria de una conferencia política que decida su suerte, no hay, en este momento, razón para prever un nuevo fracaso”. Y añadía: “Después del discurso de Churchill, lo verosímil es que China y Corea del Norte, aconsejadas por Moscú, den facilidades para un armisticio que permita llegar a la conferencia de las Bermudas con un principio de paz en Corea, pedido reiteradamente a los rusos como prenda de su voluntad de conciliación internacional, y que tendría para la Casa Blanca un doble valor: dar realidad a una promesa electoral y apaciguar los ánimos del Senado, hasta ahora escéptico ante la URSS e intransigente frente a la China comunista” (1).

La apreciación de Massip — debelador en algunas de sus crónicas de la posición firmemente anticomunista de la llamada oposición derechista del partido republicano — parecía ser bastante exacta, aunque en el fondo excesivamente sencilla, por lo que no es de extrañar que dos fechas más tarde concretase mejor la situación reinante en Wáshington con unas sugerentes afirmaciones: “Suponiendo que Eisenhower, después de una solución favorable del armisticio de Corea y del Tratado austríaco, fuese a las Bermudas dispuesto a seguir a los ingleses, tendría que prescindir del apoyo del ala derecha republicana del Congreso y buscarlo, en cambio, en una coalición formada por los grupos liberales del partido y por la minoría demócrata” (2). Pero una vez más Massip se veía obligado a desmentir su posición “presidencialista” ante la evidencia de los hechos, y así el 29 de mayo escribía: “Hoy, al cabo de unos meses de silencio y al comprobar el espíritu de temporización del Presidente, el ala nacionalista, que ocupa las posiciones estratégicas del mecanismo parlamentario, trata de nuevo de imponer su doctrina, que es la de una América aislada, armada e independiente... Tal como están las cosas puede esperarse que el Congreso trata de

debatir por anticipado la participación del Presidente en la próxima conferencia de las Bermudas” (3).

¿Está claro? La maniobra trazada de consuno por Churchill y Eisenhower parecía estar destinada a imponer a un Senado díscolo, enemigo de todo apaciguamiento con la URSS, el hecho consumado de un acuerdo en las Bermudas favorable a una nueva reunión estilo Yalta. Pero, ¿lograría el Presidente norteamericano eludir la presión anticipada del Capitolio que le restase libertad de movimientos en las Bermudas?

Con algunos días de diferencia dos periodistas norteamericanos señalaron sus respectivos puntos de vista sobre la posibilidad de que los Estados Unidos lograsen fijar unos principios fundamentales de actuación política en sus futuras relaciones con la Unión Soviética.

Richard Pattee, en un interesante artículo, después de explicar que en Norteamérica “nadie cree en absoluto en las intenciones pacíficas de la dirección soviética”, decía: “Personalmente creo que los norteamericanos temen al comunismo como imperialismo, como subversión y como una doctrina ajena enteramente a su estilo de vida. No creo que la masa de gente haya percibido en absoluto lo intrínsecamente pernicioso de la doctrina marxista, ni se inquiete mucho por tales sutilezas”. Para añadir más adelante: “Empieza un período sumamente obscuro y complejo. Hablar de la “iniciativa” norteamericana en la lucha contra la URSS es prematuro. No hay tal iniciativa. Los Estados Unidos viven como hace siete años, sujetos a las maniobras de la política soviética. Si la intención de Moscú fué crear en Norteamérica el miedo, la duda y la confusión, lo ha logrado plenamente” (4).

Realmente, si no hay “iniciativa” por parte de los dirigentes de Wáshington, ¿cómo es posible que Norteamérica — Eisenhower o Taft — pueda señalar una línea de conducta a sus aliados ante la ofensiva de paz soviética?

Por su parte, Walter Lippmann señalaba en una de sus “columnas” las dificultades políticas en que se hallaba la Casa Blanca en orden a sentar un criterio fijo en unos momentos en que la “guerra fría” amenazaba convertirse en una no menos “fría” paz. “Una política común para el mundo occidental — comentaba el conocido periodista judío — exigirá que se tomen decisiones de alta política en el lejano Oriente y en Europa, que el Presidente no puede tomar actualmente ni se le permite tomar. Eisenhower estará tratando de encontrar la cuadratura del círculo si cree que puede llegar a una unidad efectiva con la Comunidad británica de naciones y con Europa, mientras no haya restaurado la unidad y la disciplina dentro de su propio Gobierno bajo su propia dirección. Para hacer esto se necesitará tiempo, aun suponiendo que el Presidente y sus asesores estén empezando a darse cuenta de la realidad política. El plan de las Bermudas fué un buen expediente para ganar tiempo” (5).

Como puede observarse, el tono de ambos comentaristas era en extremo pesimista. ¿Es posible que en Norteamérica no haya personajes políticos con preparación y seriedad suficientes para enfrentarse resueltamente, con estudio, resolución y prudencia, con los gravísimos problemas planteados y dar unas orientaciones mínimas suficientes que ayuden a desterrar al menos el confusionismo creciente en que se debate el mundo? Obsérvese, sin embargo, que Walter Lippmann presentaba como “un buen expediente” la conferencia de las Bermudas, en cuanto podía permitir a Eisenhower restaurar la unidad del partido republicano bajo su jefatura. Lo cual, relacionándolo con el ambiente de miedo y de duda que, al decir de Pattee,

(3) *Diario de Barcelona*, 30 de mayo de 1953.

(4) “Estados Unidos viven sujetos a las maniobras soviéticas”, por Richard Pattee, *El Correo Catalán*, 30 de mayo de 1953.

(5) “La Conferencia de las Bermudas”, por Walter Lippmann, reproducido en *El Noticiero Universal de Barcelona*, 30 de mayo de 1953.

(1) *Diario de Barcelona*, 24 de mayo de 1953.

(2) *ABC de Madrid*, 26 de mayo de 1953.

ha provocado en Norteamérica la nueva política soviética, podría dar la razón a los que sospechan que por encima de Eisenhower hay determinados elementos interesados en hacer servir la potencia y la influencia norteamericanas en beneficio de sus peculiares designios. Y no sería exagerado conjeturar la posibilidad de que tales elementos fuesen los que elevaron a Eisenhower a la Casa Blanca y que ahora han empleado al jefe del conservadurismo británico para obligar a la opinión estadounidense a aceptar los intentos pacifistas de los Soviets, o, por lo menos, para yugular toda oposición a la idea de apaciguamiento.

Para acreditar mejor este hecho, y el posible sentido de llamada que pudiera tener el comentario de Lippmann, el presidente Eisenhower decidió en la primera quincena de junio desarrollar un amplio viaje de propaganda con el objetivo — señalado por *Le Monde* — de “buscar el contacto directo con sus electores”. Eisenhower trataba de levantar la opinión pública del país en favor del armisticio coreano, de la conferencia de las Bermudas y de un nuevo Yalta, para contrarrestar la negativa de la mayoría republicana del Senado. Para ello contaba, como advertía complacido *Le Monde*, con dos factores importantes: la extraña enfermedad de Taft y “la posición de Sir Winston Churchill”, aunque ésta “provoque la irritación de los neoisolacionistas” (6).

Churchill sigue adelante con su proyecto

Mientras en Norteamérica los partidarios del apaciguamiento trabajaban activamente para contrarrestar la activa campaña anticomunista de los “derechistas” republicanos, el señor Churchill empleaba sus mejores recursos para preparar con tiempo la conferencia entre los jefes de gobierno anglosajones y Malenkov.

El día 22 de mayo se informaba desde Estocolmo que “el ex ministro inglés Harold Wilson” había salido de Moscú “después de una visita de extraña cortesía por parte de las autoridades soviéticas”. “Wilson, que fué ministro de Comercio — añadía la noticia —, tuvo anoche una reunión con Molotov, en la que se discutieron una serie de asuntos generales. Sin querer dar más explicaciones, Wilson dijo que informaría de los resultados de su conversación al primer ministro británico... Es el primer político occidental prominente que visita la Unión Soviética desde la formación del Gobierno Malenkov, y aunque su cordial acogida puede tener que ver con su pertenencia al grupo de izquierda del laborismo y con su interés en la normalización de las relaciones anglosoviéticas, los observadores creen que puede haber tenido alguna especie de misión oficial” (7).

Así se apartaban paulatinamente, quizá, todos los obstáculos que pudiesen dificultar la reunión de los dirigentes demócratas con los altos jefes del Kremlin. Pero, al propio tiempo, los gobernantes británicos aprovechaban todas las ocasiones para presentar dicha reunión ante el mundo como un hecho consumado.

“El terrible Bevan — escribía desde Londres MacMillan — no está muy lejos de acertar, cuando, a la vista de la actitud de Churchill, exclama hoy que ésta coincide con la postura suya en 1951, cuando salió del gobierno de Mr. Attlee... Churchill está dispuesto a discutir con Malenkov. Y si es necesario ir solo, a pedir audiencia al Kremlin, no le importa. Por de pronto, va a intentar en las Bermudas llevar consigo a los Estados Unidos” (8).

Éste era el ambiente que se respiraba por entonces en Londres, pero Churchill aprovechaba todas las posibilidades para ampliar el alcance de las conversaciones de las Bermudas y de la “pacificación” del mundo comunista

hasta lograr probablemente que la conferencia de los “grandes” llegase a comprender a la China roja. Unas palabras del delegado británico en la ONU, Gladwin Jebb, aclaraban muchas dudas a este respecto: “No tiene ninguna lógica aceptar la presencia de la Unión Soviética en la ONU y negarse incluso a considerar la entrada del Gobierno que controla de hecho, nos guste o no, todo el territorio continental de China” (9).

Y Miquelarena, en una de sus correspondencias desde Londres, insistía días después en la afirmación de MacMillan cuando decía: “En los medios diplomáticos se asegura hoy que Inglaterra adopta “la dramática decisión” de considerar como inevitable y urgente una conferencia de “los cuatro”. La urgencia tiene su fecha: antes de finales de julio. Parece que Londres ha dirigido a Washington documentos conminatorios, y que en ellos se subraya el propósito de Sir Winston de realizar exploraciones en Moscú, personalmente y por su cuenta y riesgo, si la conferencia de “los cuatro” fuese aplazada o no considerada con el suficiente entusiasmo por el presidente Eisenhower” (10).

Estas breves notas pueden darnos una idea exacta del papel que le tocó desempeñar al señor Churchill para obligar al mundo democrático a aceptar unos contactos — de muy dudosa salida — con el Kremlin. Churchill aparecía como el padrino de la reunión de los “grandes”, como el garantizador de la buena fe “pacifista” de Malenkov, como el protector del Presidente Eisenhower contra los asaltos de la mayoría republicana del Senado norteamericano y como el intermediario nato entre Oriente y Occidente.

Pero, ¿quién había dado garantías al señor Churchill de que sus devaneos respondían a la estricta realidad? ¿Quién le había asegurado que la única resistencia a vencer residía en el Capitolio de Washington?

Levantamiento en Berlín y retirada de Churchill.

En espera de graves acontecimientos

Cuando todo parecía suficientemente preparado para dar el golpe de efecto, pese a la inesperada decisión de Syngmann Rhee, preludio acaso de otras resistencias públicas a los designios londinenses, se produce en la zona soviética de Berlín una demostración pública de inusitadas proporciones que termina con el asalto de varias dependencias del Gobierno rojo en la capital, mientras la población en masa pedía insistentemente la unificación de Alemania y el término de la opresión y de la tiranía bolchevique. El movimiento iniciado en Berlín se extendía bien pronto a diversas ciudades de la Alemania oriental, exteriorizándose en forma de huelgas generales, seguidas de manifestaciones y sabotajes que bien pronto adquirían matices de extraordinaria gravedad.

Sin embargo, lo más extraordinario del caso era la indiferencia casi total con que las autoridades policíacas y militares asistían al levantamiento de la población alemana. Ciertamente, que entre la policía popular integrada por alemanes se contaron muchas defecciones, mientras sus jefes contemplaban con comprensible pasividad los acontecimientos, pero no es menos verdad que en las primeras horas, y aun en los primeros días, los propios soldados soviéticos se mantuvieron en una actitud expectante como si no tuvieran órdenes concretas para hacer frente a los acontecimientos. Esto es lo que resulta del análisis de las informaciones de diversos cronistas, testigos presenciales de algunos de los más extraordinarios sucesos, desde el límite de la zona occidental berlinesa.

(6) *Le Monde*, 13 de junio de 1953.

(7) *La Prensa de Barcelona*, 22 de mayo de 1953.

(8) *El Pensamiento Navarro*, 27 de mayo de 1953.

(9) Citado por Massip en su crónica de Washington, *Diario de Barcelona*, 13 de junio de 1953.

(10) Crónica de Londres en *ABC*, 17 de junio de 1953.

¿Cómo fué posible que un núcleo de población sujeto a una dictadura pudiera organizar y desarrollar una demostración violenta de la importancia de la que tuvo lugar, con rara unanimidad, en el Berlín oriental y más tarde en toda la zona soviética de Alemania? Otros sucesos que revisten alguna similitud con los relatados, los hechos que hemos indicado antes, y aun simplemente un examen atento de la realidad, nos inducen a sospechar que detrás del levantamiento de la población alemana existieron determinadas complicidades superiores, que posiblemente se extenderían hasta algunas autoridades soviéticas. ¿Puede explicarse acaso de otro modo?

No es de extrañar que un cronista, a la luz de tales acontecimientos, se atreviera a decir que "el Kremlin puede sentir... que se le resquebraja bajo los pies el supuesto monolito del comunismo" (11).

Pero, ¿en dónde se resquebraja? ¿Es sólo en Alemania o se extiende a todos los territorios sujetos a su tiranía? Más aún: ¿Se trata de alguna maquinación trotskista que afecta al futuro de una Alemania unida, o surge de alguna grave diferencia interna entre los sucesores de Stalin? Tampoco aquí habríamos de descartar *a priori* la llamada influencia trotskista que, pese a las terribles depuraciones practicadas por Stalin, subsistía latente en las altas esferas del partido bolchevique.

Ahora bien; por lo que respecta al futuro de Alemania, von Papen acaba de descubrirnos que "el influente banquero James Warburg", el conocido financiero israelita, nacido en Alemania y residente en Norteamérica, entregó con fecha 16 de diciembre de 1952, un memorándum al secretario de Estado, Foster Dulles, sobre la solución del problema europeo ("The Current Affairs Press", Nueva York), en el que hacía constar que la voluntad general de los alemanes era recobrar las fronteras de 1937, "y que cualquier futuro Gobierno germano deberá tratar por todos los medios de conseguirlo" (12). En consecuencia, señalaba que, aparte de la entrega de Koenigsberg a los rusos y de la Silesia superior a los polacos, todos los demás territorios orientales germanos en poder de los comunistas habían de ser devueltos a Alemania. No sabemos si existen motivos superiores que opongan la gran finanza judía de los Estados Unidos a los dirigentes soviéticos, aunque es muy posible que existieran en 1952, en vida de Stalin, y que continúen tal vez ahora, de algún modo al menos, después de la desaparición de aquél. La entrada pública en escena de James Warburg no sería el menor de los indicios.

Conociendo los designios de los Warburg, no es de extrañar que Adenauer, después de haberse producido los sucesos de la Alemania oriental, hayo podido manifestar públicamente con sorprendente firmeza: "No descansaremos hasta que los dieciocho millones de alemanes de la zona soviética vivan en libertad, hasta que toda Alemania viva libre y unificada" (13). Comprendemos perfectamente los sentimientos patrióticos de Adenauer y de todos los buenos alemanes, pero ¿no es sorprendente que los Warburg coincidan ahora con los nacionalistas germanos? Aunque, a decir verdad, no sería ésta la primera vez...

Sin embargo, los disturbios de Berlín parecen responder a algo más profundo, hasta el punto de que el corresponsal anteriormente citado pudo escribir desde Londres que las noticias llegadas de la capital alemana es posible

que "hayan reducido el ímpetu de Churchill". ¿Por qué?

Una primera indicación la encontramos en una noticia fechada en Wáshington el día 25 de mayo: "La revista "U.S. News and World Report", afirma hoy que el embajador norteamericano en Moscú, Charles Bohlen, ha informado a Wáshington que hay pruebas crecientes de un conflicto en el seno del Kremlin acerca de la cuestión de celebrar una conferencia de alto rango con los aliados occidentales en la actualidad" (14).

En otra noticia, fechada en la capital norteamericana el 13 de junio, comentando la destitución del dirigente ucraniano y miembro suplente del Presídium de la Unión Soviética, G. Melnikov, se decía: "La caída de Melnikov, desde su alto puesto en el partido comunista de Ucrania, se considera en los medios políticos de esta capital como una nueva prueba de la lucha subterránea por el poder, que se está produciendo en la Unión Soviética" (15).

Si tales informaciones son ciertas, nos hallamos quizás en vísperas de acontecimientos trascendentales en el interior de la URSS, cuyas consecuencias en la situación mundial podrían ser tal vez de gravísima importancia. No obstante, lo que nos interesa ahora en primer término es vislumbrar la influencia que tales conflictos o luchas subterráneas en el interior del Kremlin hayan podido tener en la preparación de los disturbios de la Alemania soviética.

Si partimos de la hipótesis de que la presencia de Malenkov en los más altos cargos del Kremlin era una garantía para el Occidente de un período más o menos largo de pacificación, cabría conjeturar que los sucesos iniciados en Berlín constituyen una indicación precisa de que los enemigos de toda entente con el mundo democrático son muy poderosos, y que su participación en el levantamiento alemán habría de suponer una grave advertencia de su influencia y de su poder. Así se explicaría, posiblemente, el hecho de que las informaciones de huelgas, sabotajes y protestas en la Alemania soviética fueran seguidas poco después por una noticia de excepcional importancia: la reclusión de Winston Churchill "por motivos de salud", con el subsiguiente aplazamiento de la conferencia de las Bermudas y de la reunión de los "grandes".

Al parecer, Churchill tuvo un exceso de optimismo y supuso que el "pacifista" Malenkov dominaba la situación en la URSS, o bien algunos internacionalistas afines le encaminaron por las vías del apaciguamiento olvidando que otros sectores de la propia internacional eran contrarios a tales objetivos.

Sea lo que fuere, lo cierto es que acaban de producirse acontecimientos cuyas consecuencias pueden ser incalculables. Es probable que en estos instantes — principalmente en la Unión Soviética, y también en menor grado en Norteamérica — se esté desarrollando entre bastidores una lucha sorda entre "pacifistas" y "belicistas", y que a no tardar comiencen a conocerse algunos datos que nos ayuden a precisar los términos exactos de tan grave discordia y de su inevitable repercusión en las altas esferas de Moscú y de Wáshington. Por de pronto, en Londres ha repercutido ya sobre las espaldas fatigadas de Winston Churchill, entre la sorpresa general del pueblo británico.

¿Qué nos podrían indicar sobre tales acontecimientos los Baruch, los Heinemann y los Warburg?

JOSÉ-ORIOL CUFFÍ CANADELL

(11) J. Miquelarena desde Londres en ABC, 18 de junio de 1953.

(12) Citado por Franz von Papen en su artículo "Europa ante el programa de paz de Eisenhower", en ABC, 20 de mayo de 1953.

(13) Citado por Gómez Tello en una crónica desde Berlín, en Arriba de Madrid 29 de junio de 1953.

(14) La Vanguardia Española de Barcelona, 26 de mayo de 1953.

(15) El Noticiero Universal, 13 de junio de 1953.



A guisa de conversación sobre unos artículos publicados en «Ecclesia»

v*

Continuando nuestra conversación de ayer, en la que pudimos oír la autorizada voz del Obispo Torras y Bages hablando en representación del Episcopado catalán sobre los moldes de vida interior para la auténtica sacerdotalización de los *cristos de la tierra*, que ahora pasarán de los sesenta años, nos ha parecido bien para ilustración de los seglares, que a veces enjuician el valor de nuestras obras de apostolado por la aparatosa exterioridad, contribuyendo de esta forma a ciertas desviaciones, encabezar nuestras líneas de hoy con aquellas palabras que leemos en *El Clero en la Vida Social Moderna*: “Un eterno *ascende superius* ha de resonar en lo interior de nuestro espíritu, una continua solicitud hacia la divinidad y una perfecta desilusión acerca de las transitorias formas mundanas han de ser el efecto de nuestro trato y comunicación con Dios. El naturalismo, pues, antes de combatirlo en el mundo lo hemos de atacar en nosotros mismos... Siempre hemos creído que el mundo moderno no se pierde por falta de acción, sino de contemplación. Sin que queramos decir que no sea muy meritoria la actual acción católica sobre el mundo, sin embargo, haremos una observación sobre este punto. La enseñanza de la juventud está en gran parte en manos del clero secular y regular; vemos establecidas asociaciones católicas en casi todas las ciudades; empléanse medios e industrias para cristianizar el mundo: todo junto forma una acción católica importante en medio de la sociedad, y, sin embargo, su fuerza expansiva es débil; hoy por hoy, nuestro proselitismo en España es insignificante, y creemos que lo es por falta de concentración. Las leyes de la naturaleza y de la gracia establecen una íntima relación y dependencia entre expansión y concentración; y la historia de la Iglesia demuestra cómo el fecundo

apostolado de los hombres divinos que transformaron la sociedad estuvo precedido de un largo período de profunda reconcentración y encogimiento de sí mismos. No somos nosotros del número de las almas santas que tienen autoridad para predicar al clero la indispensable necesidad de la oración y de la contemplación; perpetuamente Dios envía a su Iglesia varones santos que repiten las explícitas predicaciones de Cristo sobre esta materia, consignada en los Evangelios; mas cualquiera que reflexione conocerá claramente que nuestra misión social para ser fructífera exige una asidua vida interior y piadosa.

“Y es necesario decir muy a las claras estas cosas, porque aun los más enemigos, en teoría, del siglo, en la práctica déjanse arrastrar por la corriente y alucínanse de tal manera que toman el ministerio evangélico como medio puramente externo, y habilidad del todo humana, imitando en buena parte los procedimientos bulliciosos políticos contemporáneos, de quienes por una oculta filiación tal vez proceden, más que de los apóstoles (p. 1710).”

No perdamos de vista que en el tiempo que escribía esto el Dr. Torras y Bages, había demostrado una meritoria actividad polifacética en los más variados ambientes. Por eso adquiere muchísimo más valor su testimonio, que sube de precio cuando, ya Obispo, se traduce en órdenes y exhortaciones para la clerecía y seminaristas de su diócesis, entre los cuales habría tantos precedentes de la payesía (en uno de cuyos hogares él había nacido), y, por tanto, más propensos a los peligros del ambiente de una ciudad. Y así no me maravillan ciertos fragmentos de cartas como éste, escrito para el eximio escritor y literato Dr. Frederico Clascar: “No et deixis enganyar per la vida literària, que és una de tantes vanitats mundanes i sol criar espe-

rits fluixos i superficials. Recordat que has d'ésser un home d'eternitat i que has de respirar sempre en la regió de les coses divines. Els grans escriptors no els crea ni la literatura, ni la filosofia, sinó el tracte amb aquell Esperit immens i etern que és principi de la nostra vida” (p. XV, del *Pròlog* del Rdo. Fr. J. Bonet Baltà a las *Obres Completes*). Es una de tantas muestras para convencernos de la intensidad con que se aplicaron nuestros primeros sectores del Clero de aquellos días a sobrenaturalizar toda la vida sacerdotal. Podríanse multiplicar los ejemplos, algunos de los cuales, aunque nos parezcan hoy de tendencia rigorista (y no sé hasta qué punto), sin embargo no dejan de revelar una gran prudencia. Me refiero a la misma urbanidad sacerdotal, que se quiere confundir a veces con la del mundo, cosa por lo demás harto fácil y peligrosa. De ahí que preferían verla reflejada de un hábito sobrenatural ante todo, y eso desde la coronilla hasta la punta del calzado. Y no se nos olvide que las figuras que ocupaban las sedes episcopales eran personajes que habían alternado con lo más selecto de la sociedad. Quizás en nuestros tiempos cambiarían, pero por lo que llevo apuntado me veo obligado a ponerlo en duda, al menos en el sentido de tomar carta de ciudadanía en los seminarios determinados usos de nuestra sociedad moderna. Ciertamente que a la sociedad de nuestros días no va a causarle el mismo mal efecto que producía a nuestros abuelos y padres el porte demasiado aseglarado de algún sacerdote o religioso, pues la evolución es manifiesta.

No se puede ocultar tampoco que la Jerarquía no siempre fué afortunada en hallar los hombres que necesitaban para lograr una fiel interpretación de sus órdenes, no faltando quienes pecaron por exceso, y así desacreditaron con su proceder la buena doctrina de los principios. A pesar de todo, y sin querer eximirlos de toda responsabilidad, entre su exceso y el defecto de aquellos que intentan una exagerada imitación de los usos del siglo, creo que debemos juzgar con más benignidad a los de antaño, porque al llegar al sacerdocio aquellos seminaristas que habían sido reprendidos tal vez por sus modales aseglarados, no les era tan difícil hallar el justo medio.

El caso es, mirado todo ello de conjunto, que pudimos observar, a raíz de la misma guerra española, un *sensus sacerdotalis* muy estimable en la mayoría de tales sacerdotes, para quienes se hacen incomprensibles y desorientadores muchas de nuestras actuaciones, por verlas envueltas con

(*) CRISTIANIDAD, núm. 203-204, 208, 210 y 221.

etiquetas muy afines al aseglaramiento. Y ésas, sus afirmaciones nos las han ratificado seglares, no sólo contemporáneos a los sacerdotes de que estamos hablando, sino que también jovencitos de diversas clases sociales, los cuales me han definido al sacerdote por aquel *sensus sacerdotalis* antes indicado. Y es que, en definitiva, los moldes que nos da Pío XII, los hallamos substancialmente en Pío XI y en Pío X, por haberlo elaborado el Sumo Sacerdote Jesucristo.

A mayor abundancia, nos place asegurar que en nuestras tierras tales sacerdotes eran los auténticos consejeros de muchos hogares, desde el más humilde hasta el más encopetado, y eran bastantes las personas que, sin hablar tanto de directores espirituales y de dirección, tenían en su confesor al verdadero piloto de su navecilla, cuya brújula procuraban poner a resguardo de los desfavorables vientos de fuera.

Su ascética, bebida en las fuentes ignacianas: PP. La Puente, Rodríguez, La Palma, Croisset, Nieremberg, Scaramelli... y en los incesantes opúsculos del *Apostolado de la Prensa* y de la no menos encomiástica institución de San Antonio María Claret, la benemérita Librería Religiosa, por no citar otras, daban a mi entender cierta uniformidad de criterio, además de la seguridad y solidez, avallada por las obras de Santa Teresa de Jesús y otros clásicos españoles, en especial las del P. Granada, las más renombradas de San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio, las *Floreccillas* de San Francisco de Asís y tantas otras que nos descubrirían las influencias de las distintas órdenes religiosas en la espiritualidad de aquellos tiempos.

Imposible pasar por alto la labor de los Padres Dominicos propagando la devoción al Santísimo Rosario y fomentado el espíritu de las Cofradías, que tenían en nuestras parroquias mucho mayor esplendor que el que ahora presenciemos. Tampoco podemos olvidar la de los Padres Servitas, que habían sembrado nuestra tierra de Venerables Congregaciones en honor de la Virgen de los Dolores, celebrándose solemnes septenarios en los que se practicaban ejercicios equivalentes a los de una santa misión, al igual que en los de novenarios de almas. Bien saben los párrocos de hoy cuánto cuesta restablecerlos. En muchas poblaciones rara era la familia que ignorara la existencia de la Venerable Orden Tercera de San Francisco y no fueran inscritos en el número de terciarios algunos de sus miembros.

¡Cuánto nos dirían los Padres del Corazón de María, que, siguiendo las

huellas de su Santo Fundador, recogieron y siguen recogiendo en sus predicaciones los frutos de aquella siembra en la que cooperaron tan eficazmente sus antecesores.

En nuestro obispado tenemos la tradición secular, pues ya ha celebrado su primer centenario, de un Colegio de Sacerdotes Diocesanos en Bañolas, llamado Casa Misión, cuyo reglamento, trazado en sus principios por su fundador el renombrado y popular dominico exclaustro P. Planas a una con otros sacerdotes de la diócesis, tenía muchos puntos de contacto con el primitivo diseño de los *hermanos* y, después, *hijos* del P. Claret.

Al fallecer en 1886 el fundador de las *Religiosas Hijas del Santísimo e Inmaculado Corazón de María*, doctor Joaquín Masmitjá, Canónigo Arcipreste de la Catedral de Gerona, dejaba muy bien apuntalados los pilares de tan tierna devoción mariana, que desde la predicación del Santo de Sallent había arraigado en gran manera en el suelo catalán.

Interminables nos haríamos si fuéramos rememorando el esplendor y vitalidad espiritual de cada una de las cofradías y prácticas piadosas, empezando por las dedicadas a nuestro Señor: la de la Minerva, la de la Pasión, la de la Purísima Sangre, las muy populares del Sagrado Corazón de Jesús..., hasta llegar a las establecidas en honor de los santos:

San Antonio, San Isidro, Santa Lucía... y, sobre todo, el culto acendrado al glorioso patriarca San José y su virginal Esposa.

Una exposición de todos los folletos, opúsculos, hojas volanderas, cédulas de invitación, etc., etc., nos diría bastante de la intensidad y extensión que abarcaban los moldes de sobrenaturalización en los que habían sido forjados los seminaristas de últimos de siglo XIX y principios del XX, en cuya época no era raro ver expuestos en ciertas tiendas instrumentos de mortificación corporal, como cilicios y disciplinas..., principalmente en torno a las iglesias dirigidas por sacerdotes del Oratorio de San Felpe Neri, tan apreciado en Cataluña, según se desprende de la misma vida del Dr. Torras y Bages y de tantas otras figuras beneméritas.

No queremos terminar estas nuestras someras acotaciones a la espiritualidad con que nuestros venerables sacerdotes ancianos, poniendo en práctica las orientaciones de sus Superiores Jerárquicos, se esforzaron en matizar el radio de su pastoral, sin poner de relieve que buen número de los dirigentes sacerdotales se habían hermanado cuando la revolución de septiembre de 1879 en Vinça (Francia), donde pudieron pesar y sopesar las corrientes extranjeras (p. XXI del *Prólogo* antes citado).

Martirián Brunso, Pbro.

Guareschi y los límites del humorismo

II

POESIA Y TRAGEDIA

HAY que sentir la poesía, no hay que comprenderla", dice Guareschi. Siente intensamente la poesía. Mejor, siente un determinado clima poético: el del Romanticismo. A primera vista puede pareceros que no hay nada más incompatible que el romanticismo, que nos hace avanzar entre cipreses bañados de luna, y el humorismo. Pero la lectura de Guareschi nos hace comprender que el romántico y el humorista no son inconciliables, y que pueden fundirse en una sola personalidad. Y Guareschi es un humorista doblado de romántico... o un romántico de nuestra época. Y quizá la característica de los románticos de nuestra época sea el humorismo.

Es superficial suponer que el humorista haya de ser un hombre naturalmente alegre. En el humor la alegría es una virtud adquirida. El humor — purificación — no se consigue hasta haber superado la contrariedad, el abatimiento y la melanco-

lía. No tiene nada de particular que el humorista — hombre triste que llega a la alegría — sienta los paisajes literarios que inspiraron a los grandes tristes del Romanticismo.

Alguno podrá sospechar que un humorista romántico es un escritor que hace mofa de los temas románticos. Y no es así. Podrá sonreír y reír sobre ellos, pero los siente con hondura y de pronto se abandona a su seducción. Guareschi es capaz de resucitar leyendas de la época romántica: como la de Maese Pérez el organista. Pero ahora Maese Pérez es un capitán italiano. El capitán Musella busca afanosamente las melodías que han de construir su "Fabricatore di Dio". Pero muere con su obra inacabada. Algunos trasladan el ataúd sobre sus espaldas enflaquecidas. Los demás saludan. La barca de la muerte pasa, abriéndose un surco en el hielo. El hielo crepita bajo las pisadas.

"Por la noche el viento se heló y

aguardó la mañana escondido en los bosques. La luna se paró en el cielo desierto, y todo permaneció inmóvil en el cielo y en la tierra.

Y la muerte paseó entre las barracas”.

Aquella noche contó a quienes estaban desvelados una de las más singulares historias de fantasmas. Junto a un catafalco hay el piano de la Misa. De pronto, un hombrecito menudo aparece como de milagro y se sienta ante el teclado. Sus dedos transparentes resbalan ligeros apretando las teclas. Va repasando su obra, y encuentra por fin la partitura que buscaba en la enfermería cuando estaba vivo y hacía el fantasma —. Aquella noche la Muerte paseó entre las barracas. Los que no dormían oyeron pasos en la arena, y música lejana.

Acudamos ahora a un ejemplo de otro escritor. Manzoni es un escritor del grupo de Guareschi, colaborador del “Cándido”. He aquí uno de sus cuentos: “El mueble antiguo”, que se nos antoja doblemente revelador. Es la historia de un viejo escritorio. Giustesio Dacciuga lo compró por un precio muy inferior a su verdadero valor. No tardó en sufrir las consecuencias: el escritorio era un mueble misterioso, y sus cajones barajaban los papeles. Si Giustesio deja un día unos documentos en un cajón, al día siguiente los encuentra en otro. Sólo él tiene las llaves, y el mayordomo asegura no tener arte ni parte en todo esto. Vela una noche entera a la puerta del despacho. Otra noche vela el mismo Giustesio. Los misteriosos cambios continúan. Giustesio hunde un día la mano en un cajón y siente que le coge una mano huesosa. El hombre se desmaya. Al recobrar el sentido, ha desaparecido la mano aterradoramente.

Ha acordado quemar el mueble, y ahora lo va arrojando a pedazos en las llamas del hogar. El escritorio se convierte en una humareda que llena el comedor, sale por la ventana, cae pesadamente sobre el prado, se mueve, tiembla sobre el césped, y cobra algo así como una forma humana cubierta de velos en continuo movimiento.

Entonces se oyó claramente una voz:

—Le dí la mano, simplemente, porque quería saludarle.

Sería una versión superficial la que afirmara que el humorista ha hecho mofa del tema romántico. Precisamente el humorista siente, venera y ama aquello mismo de lo que parece mofarse. Siente el motivo del misterio y al mismo tiempo siente el humor. Siente lo romántico, y al mismo tiempo siente su solución burlesca.

No son dos planos que se eliminan: son dos realidades acordes que se completan.

“Me detengo perplejo en la entrada — nos dice en una ocasión Guareschi —, después continuó avanzando, y me parece haber huído de mi cuerpo cubierto de harapos y haberlo dejado allí en la puerta, tan ligero me siento”.

El humorista que sabe ser poeta, sabe también ser realista y trágico. Siente la muerte como una suave claridad de luna, y contempla a los muertos conversando — y traficando con tabaco y café — sobre sus tumbas. Pero de pronto la muerte se le hace trágica y nos dice:

“Muchos de los capotes rusos distribuidos entre los más menesterosos tienen un pequeño remiendo en el pecho y en la espalda. Un pequeño remiendo redondo que tapa el agujero a través del cual entró una bala y salió un alma.” También el capote de Guareschi tiene un pequeño pedazo sobre el corazón. Está bien cosido, es de paño grueso. Pero siempre entra por él un sutil soplo de aire helado aun cuando no hace viento y el sol es tibio.

Guareschi sabe pulsar el realismo del hambre. “Hoy hace dieciocho meses que padezco hambre, pero cada día me parece una cosa nueva”. Los prisioneros son huesos al sol. Vientres excavados, costillas que afloran, omóplatos que quieren agujerear la piel. Las articulaciones parecen gruesos nudos. Uno recuerda las reproducciones de los libros de medicina o los grabados de la vieja “Illustration”: “Los apestados de Kuangtung”, “Aspectos de la carestía en la India”.

De pronto encuentra acentos llenos de patetismo. “Señora — dice a su esposa lejana —, busco un poco de luz, un poco de tibia serenidad, y no encuentro más que oscuridad y frío, y no puedo reconocer en la oscuridad el rostro de mi hijo, y sobre los lagos y las playas todo está apagado y abandonado, todo es silencio, y yo vuelvo a navegar hacia mis pajas llevando el hielo en los huesos del número 6865.

Señora, es preciso que, por lo menos la noche de Navidad, mi pensamiento, huyendo de este recinto, pueda encontrar un rincón tibio y luminoso donde reposar. Anhele tanta luz, anhele ver de nuevo vuestro rostro, ver de nuevo el rostro de la antigua serenidad. De otra manera, ¿qué gusto se encuentra en hacer de prisionero?”

Guareschi — evocador de la noche, el dolor y la muerte — es un humorista, no un satírico. Es un genio muy opuesto, por ejemplo, al de nuestro Valle Inclán. — Valle Inclán es con

harta frecuencia detestable: inmoral, irreverente y sacrílego —. Y evoca la muerte con pinceladas grotescas, duramente satíricas. Cuando se bromea con lo trágico, se hace sátira. El humor macabro español es la historia de una implacable sátira de la vida.

El humorista optimista, el auténtico superador del dolor y la tragedia, siente la muerte en su realidad — como Guareschi. La novedad está en que por encima del dolor, por encima de la muerte, de la guerra, del hambre y de la enfermedad, conserva el optimismo. El verdadero humorismo es siempre fruto de una concepción cristiana de las cosas.

La lección de Don Camilo. — La lección de Don Camilo es una lección de optimismo: no de un optimismo ciego que quiere olvidar la realidad y convierte el mundo en un auténtico reino de Jauja. Es el optimismo sobre una tierra trágica, unos hombres dominados por odios y pasiones, hombres de partido que chocan en la pugna de sus rencores despiadados.

Pero a un literato no hay que pedirle precisiones. El literato dice; pero dice con su fantasía. Lo que importa es descubrir y comprender el espíritu que llena su ficción. El “Don Camilo” — hemos dicho — es como una ampliación de la historia de la muchacha: es una amplia, una inmensa historia absurda. El pueblo donde se desarrolla la historia de don Camilo y Pepón es la misma encarnación del absurdo. En ese pedazo de tierra del Po a los Apeninos — dice Guareschi — todo es posible. Es posible la historia de la muchacha, como lo es la primera de las historias del libro. El padre de un niño enfermo se presenta al Cura con un paquete de dinamita bajo el brazo. Si el Cura no alcanza su curación con sus rezos, la iglesia volará.

Es posible esto y mucho más. Es un mundo de hombres que no obran lógicamente y que son una contradicción viva. Y ha llegado el momento de enfrentarnos con el aspecto más delicado, más susceptible de interpretaciones torcidas. Alguno — que conoce fragmentariamente la producción de Guareschi y no es lector de su formidable semanario anticomunista el “Cándido” — ha querido interpretar el Camilo algo así como la apología de la mano tendida. Es posible que al llevar la novela al cine se cayera en esta equivocación. (No quiero opinar en cine. No es materia de mi incumbencia). Si éste fuera el espíritu de la novela, la novela sería la apología del error. Pero afortunadamente no hay nada de eso. Esa convivencia, esa conciliación — por lo demás, aparente y llena de asperezas —

EL BIELDO Y LA CRIBA

es presentada por Guareschi como un *absurdo*: es el absurdo considerado como absurdo, no el absurdo—lo inaceptable—disfrazado de verdad. Guareschi se apresuró a anunciarnos que en este pedazo de tierra todo es posible: el absurdo de la historia de la muchachá y el absurdo de esos comunistas que se confiesan, se descubren delante del Santo Cristo y llevan el niño a bautizar.

Todo es posible en el mundo de Don Camilo, como todo era posible en el mundo confusionista de la postguerra. Una guerra mundial y una guerra civil trastornaron los cerebros de los hombres. Los hombres perdieron los límites de las ideas y de las cosas. Creyeron poder servir a dos señores, y—desdichadamente—muchos cayeron en la política de la mano tendida.

Si alguno no ha creído nunca en la mano tendida, ha sido Guareschi. Si ustedes hojean algunos números del "Cándido" no es más que la recopilación, la dureza, la violencia con que el comunismo es satirizado. Y precisamente en el "Cándido" fué apareciendo la historia de "Don Camilo". El "Camilo" no es más que la recopilación en un libro de una serie de narraciones aparecidas en el semanario. Si este semanario ha sido el enemigo más implacable y más eficaz del Comunismo en Italia, ninguno puede tachar el "Don Camilo" de política de conciliación de ideas.

Hay que evitar a toda costa los malentendidos. Si hay algo en el "Camilo", es una burla zumbante de este absurdo, de esta contradicción. Que los comunistas se preocupen de los asuntos de la Parroquia es un absurdo, sobre el cual sonríe bondadosamente Guareschi. Que los comunistas acudan al Obispo para que les devuelva a Don Camilo, que se preocupen de la colocación, de la disposición de los objetos de culto en el templo... absurdos, absurdos que contempla con una sonrisa burlona el humorista. Pero—insistamos—el absurdo como absurdo; el absurdo como algo que no debiera ser y es; y que el humorista contempla a través de su humor.

El mundo de Don Camilo es un mundo violento. No hay que olvidar las pugnas exasperadas, las luchas,

los odios, que hay detrás de la cortina de esta aparente conciliación. El mundo de Don Camilo es un mundo de rencores y de asesinatos, trágico, amenazador; y sus personajes viven sometidos al miedo en un ambiente de tragedia y de romanticismo. El "Don Camilo" es una obra profundamente cristiana, por el espíritu que la llena, por la manera peculiar de contemplar la vida. Sólo un escritor que cree en Dios puede reaccionar con este optimismo ante un mundo trágico de odios y de maldad.

El corresponsal en Roma de un periódico de Turín divulgó hace un tiempo noticias completamente fantásticas sobre determinadas críticas al libro de Guareschi, nacidas en los ambientes vaticanos. El diario católico "L'Italia", de Monseñor Ernesto Pisoni, las desmiente de una manera absoluta. Recuerda que la novela de Guareschi, según el "Centro Católico Cinematográfico", está animada de un sentimiento de humana bondad y comprensión que termina superando todas las pugnas y hace de ella una obra enteramente positiva, y cree que decir otra cosa no es más que enturbiar las aguas, no se sabe con qué fin.

El "mundo pequeño" puede antojársenos un símbolo de toda la humanidad. No es sólo el pueblo del alcalde Pepón el reino del absurdo y la violencia: todo el mundo moderno se ha convertido en reino del absurdo y la violencia. Pero Guareschi—cristiano—cree, a pesar de todo, en la bondad de la vida, y cree que en el corazón de los hombres más descarriados hay un poco de bondad y un poco de Dios.

Mediten ustedes el final de la obra. El anticlerical, el alcalde comecuras, ayuda a su párroco a pintar las figuras del Belén. Y pinta de rosa al Niño Jesús.

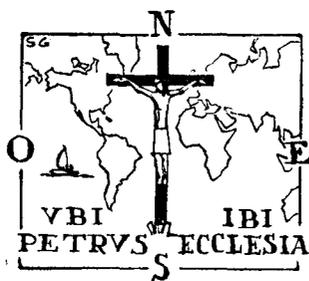
Don Camilo es un personaje desmesurado. Quizá a alguno le asombre este sacerdote ilógico, contradictorio y violento. Pero Don Camilo es una figura literaria: es el único párroco posible en el "mundo pequeño". El mundo absurdo, contradictorio y violento, reclamaba un Don Camilo absurdo, violento y lleno de contradicciones. Hablo de exigencia estética. Lo exige la armonía de la obra. Cuan-

do el Obispo castiga a Don Camilo, sacándolo del mundo pequeño y enviando en su lugar un sacerdote joven, pulcro, de modales suaves, los comunistas reclaman a su Don Camilo. Y tienen razón; porque es el único sacerdote posible en aquel pueblo.

La obra es, en realidad, una sátira formidable del anticlericalismo. He hablado de los límites entre humorismo y sátira; pero si alguna sátira hay aquí es precisamente ésta. Imaginen ustedes un momento—histórico—que se ha prolongado hasta ahora, un momento de anticlericalismo exasperado, de calumnias contra los sacerdotes y la Iglesia. Guareschi nos brinda—con sus pinceladas llenas de amor—un sacerdote que viene a ser la caricatura de los sobados conceptos anticlericales. ¿Queréis un sacerdote con defectos? parece decir. Ahí los tenéis; pero con todos sus defectos, es profundamente bueno y terriblemente simpático, de una simpatía arrolladora. Y en literatura se elogia o vitupera un hombre, no por sus cualidades y por sus defectos, sino por su simpatía o su antipatía. Si un personaje es simpático, nos sentimos atraídos hacia él. Don Camilo es tremendamente simpático. Su aparición no puede hacer más que aumentar la simpatía por el sacerdote. Diré más: contra el exasperado ambiente anticlerical, lo único verdaderamente eficaz era dar vida a un mito, a una figura de sacerdote con defectos, pero con muchísima bondad: Don Camilo.

Don Camilo es una lección en todo sentido; y es también una lección contra la deshumanización del humorismo. De un tiempo a esta parte nos han brindado un humorismo desprovisto de base humana que descansa en un puro juego mental. Los personajes de Guareschi son, ante todo, hombres, humanidad viva. Las conversaciones de Don Camilo con el Cristo son su hablar consigo mismo, con su conciencia. Otro artículo nos ocuparía el estudio de la personalidad de Don Camilo: a través de sus reacciones, de sus travesuras, de su generosidad, de sus coloquios con la imagen, nos va apareciendo la inmensa figura de este sacerdote aldeano, bondadoso y socarrón: grande, hondo y contradictorio como la humanidad.

Francisco Salvá Miquel



DE LA QUINCENA RELIGIOSA

La austeridad de vida norma para los cristianos de hoy. Pastoral de Cardenal Primado de Toledo. — Manifestación católica berlinesa. — El final del «affair» Finally. — Se declaran heroicas las virtudes del sucesor de San Juan Bosco. — ¿Controversia religiosa en Norteamérica? — La tumba de San Pedro. — Los católicos en el Egipto de hoy

LA AUSTERIDAD DE VIDA NORMA PARA LOS CRISTIANOS DE HOY. PASTORAL DEL CARDENAL PRIMADO DE TOLEDO

En exhortación pastoral que publica el «Boletín Oficial» de su archidiócesis, correspondiente al mes de junio, dice el cardenal Pla y Deniel, arzobispo de Toledo:

«La última guerra mundial, además de la tragedia de muertes, sufrimientos y destrucciones, engendró una crisis económica de inflación, de carestía de vida, de disminución del valor adquisitivo de la moneda, que las estadísticas pregonan y que se sienten en todos los hogares. Los cristianos, en tales circunstancias, deben reaccionar con una mayor austeridad de vida todos, con mayores prácticas de caridad todos los que puedan, en beneficio de aquellos a quienes aun lo necesario falta.»

«Por ello, no ha cesado de exhortar el Vicario de Cristo a la austeridad y moderación de vida, no ha dejado de excitar los sentimientos de caridad en favor de los necesitados. Ha empezado por aplicar esta mayor austeridad en las vestiduras de los cardenales y de los prelados, y, sin embargo, es muy de deplorar que esta mayor austeridad de vida no sea en las costumbres públicas.»

«No se gasta menos en la asistencia a espectáculos. Se derrochan ingentes sumas en algunos actos de sociedad, que son un verdadero escarnio para los que se debaten en angustia económica para dar los alimentos necesarios a sus hijos. Y, lo que es peor todavía, estas modalidades derrochadoras llegan algunas veces a celebrarse tomando pretexto u ocasión de actos religiosos, con muy grave perjuicio del provecho moral de los mismos.»

El cardenal Pla y Deniel alude en concreto a las festividades profanas que se celebran con ocasión de la Primera Comunión de los niños. «Se hace pasar, dice, todo el día de la Primera Comunión a los niños en ajetres profanos, se llega a llevar al fotógrafo a la misma iglesia para el mismo momento de la Comunión, lo cual prohibimos severamente que se haga en nuestra archidiócesis; se tienen, no simples recepciones familiares sino algunas veces derrochadores banquetes en hoteles y, lo que es una verdadera profanación, el día de la Primera Comunión, bailes aun nocturnos.»

El mismo eminentísimo prelado ha señalado, con ocasión del Día de la Prensa Católica: «La Iglesia debe tener medios propios de información y de estadística, que consti-

tuyen una forma de apostolado y es de gran eficacia. Sería un grave error que por no haber hoy en España, lo cual es un bien, Prensa antirreligiosa y obscena, creer están ya hoy exonerados los católicos de proporcionar a la Iglesia medios propios para el apostolado de la Prensa. Sería dejarla desarmada para el día en que fuese atacada, pero en la Prensa no hay que ver sólo sus funciones de defensora de la Iglesia, sino de cooperación al apostolado jerárquico, con la difusión de los documentos religiosos y de los escritos pastorales, con hacerse eco de los mismos, con enjuiciar según el criterio católico, los acontecimientos, con seguir en la publicidad las normas de los pastores de la Iglesia, con una crítica justa de los espectáculos. Como obra de apostolado que es, la Prensa Católica necesita de la oración y de la cooperación económica de los fieles.»

MANIFESTACIÓN CATÓLICA BERLINESA

Durante los primeros días del corriente mes de julio, han tenido lugar en Berlín, las solemnes jornadas anuales de los católicos berlineses. Sin duda ninguna, ha de calificarse providencial, el hecho de que la celebración de tales jornadas haya coincidido el presente año con la fecha de luctuosos acontecimientos para la capital germana, cuyo recuerdo está vivo en el ánimo de todos. Los pasados acontecimientos pueden muy bien ser anuncio de otros muy próximos y todavía más graves. Frente a ellos, los buenos alemanes han de templar su espíritu. Este es el sentido que providencialmente cobran, en fuerza de las circunstancias, las jornadas susodichas y aun, como se verá, por expresa voluntad de sus actores.

Las jornadas han culminado con un solemnísimos pontifical en el estadio olímpico. En trance de dar las máximas facilidades para impedir una sobreexcitación de los ánimos, las autoridades soviéticas arunciaron que concederían el oportuno pase a cuantos católicos de su sector quisieron trasladarse al estadio, sito en la zona occidental. La noticia se dió por la mañana. Ahora bien; al mediodía la generosidad soviética había ya sufrido un colapso. Sólo pudieron pasar quince mil personas, es decir, las primeras de entre las innumerables que inmediatamente solicitaron el permiso. Por la noche, en la inmensidad, apretada de fieles del estadio olímpico, se alzaba a los cielos, clamorosa, la ovación que los católicos

del sector occidental tributaban a sus hermanos perseguidos de la zona soviética.

La voz de la Iglesia alumbró con resplandores de eterna verdad la oscuridad de la noche berlinesa, por boca del obispo de Berlín, Mons. Weskam. El prelado berlinés acusó al sistema del Este: «Un colectivismo que niega la libertad y la dignidad de la personalidad humana va contra las leyes divinas. Quien trabaja con la opresión, el terror y el odio arruina no sólo la personalidad individual, sino también de las colectividades.»

No faltaron en el discurso del prelado las advertencias al sistema occidental: «No se puede seguir adelante si las grandes catástrofes no enseñan a Occidente que hay que escoger nuevas fórmulas para sobreponerse al egoísmo personal y nacional.»

Dice el cronista Cristóbal Tamayo: «Cuando anoche, enmarcado por los reflectores, revestido con capa pluvial y tiara, le vi alzar el báculo para la bendición pontifical de decenas de miles de católicos berlineses parecía — detrás de las sombras de la noche y del imperio soviético — la efigie de algún obispo antiguo en el pórtico de cualquier catedral gótica nuestra iluminada, y en el temblor de su voz, ante los fieles perseguidos al decir solemnemente «in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti», hacía estremecernos como si sintiéramos vivo en nuestra carne el dogma de la comunión de los santos.»

EL FINAL DEL «AFFAIR» FINALLY

El título que antecede pudiera muy bien figurar como título de una película apasionante. Y la verdad es que si el título denuncia un caso sensacional, el hecho en cuestión ha mantenido tenso el interés de muchos franceses desde hace tiempo. En estas mismas páginas se ha hecho mención del caso que ahora toca a su fin. Como se sabe los niños han vuelto a Francia, país cuya nacionalidad ostentan aquéllos. A cualquiera, por lo tanto habrá de parecerle muy lógica su vuelta al vecino país. Sin duda, ya no ha de parecer tan lógico, el que siendo los niños franceses, se conceda su tutela a su tía, Mme. Roosner que no es francesa, aunque sí, sionista. Por ello, si a base de que los niños han permanecido en España hasta hace poco, han podido muchos sentar absurdas e imaginarias suposiciones, creemos se ha de permitir a cualquier observador imparcial, con independencia de que sea o no

DICE EL «OSSERVATORE ROMANO»

TAMBIÉN en las plazas y las iglesias de la católica España los predicadores han comenzado a desarrollar el mensaje de renovación lanzado hace dos años por el Santo Padre en su discurso de aquel lejano febrero. También el P. Lombardi ha dejado oír ahora su voz desde los púlpitos ibéricos y su predicación "Por un mundo mejor" ha sido escuchada, aclamada, y meditada por muchos en España. Pero la predicación del ilustre jesuita italiano no ha sido más que el inicio de una verdadera y propia campaña "para un mundo mejor", pues los párrocos en las ciudades y los sacerdotes en el campo han respondido al llamamiento del Vicario de Cristo, y con ánimo resuelto han iniciado la predicación para que la renovación sea un hecho entre sus feligreses.

También la revista CRISTIANIDAD publica en su último número un interesante artículo del P. Arturo Ma. Cayuela, S. J., que lleva precisamente como título "Hacia un Mundo Mejor" y como subtítulo "Resonancia Bíblica". El fin de este interesante escrito es demostrar que tal como se produjo una renovación espiritual y social entre los hombres cuando vino a la tierra el Hijo de Dios, así esta nueva cruzada, parecida a una nueva predicación mesiánica, aportará sí, los frutos necesarios para la renovación espiritual, pero especialmente social. "De hecho, así se dice en el editorial del mismo número de la Revista, el "mundo

mejor", que será la era de Jesús, no es otra cosa que el Reinado social de Jesucristo". Y la caridad, tomada en el sentido cristiano, será el único medio para la verdadera salvación y renovación.

Los temas de este artículo se toman, como se ha dicho, de las predicaciones que se hicieron en todas las ciudades de España, y su fin es demostrar que el "mundo mejor es una realidad que la historia testifica". Pero es necesario tener presente que la renovación en su aspecto más significativo e importante, el aspecto social, implica sobre todo la reafirmación de los deberes del hombre respecto a su vida espiritual y sobrenatural, y no una reafirmación de los derechos. La teoría materialista desencadenada en el mundo tiene origen opuesto, pero produce efectos parecidos a los que desencadenaron sobre la sociedad romana los principios en boga durante el tiempo de los emperadores despotas. Entonces no existían deberes, y en aquella época únicamente los grandes tenían derechos y la sociedad estaba fundada en la esclavitud. Hoy las reivindicaciones sociales hacen que "el edificio social ceda, y se derrumbe desde sus fundamentos, por las imposiciones furibundas de un proletariado al que se ha seducido con la engañosa promesa de un paraíso en la tierra, al cual tiene derecho". También entonces cuando imperaba la injusticia de unos pocos sobre la esclavitud de muchos, vino al mun-

do la verdadera palabra de paz y de justicia, y el Mesías con su palabra hizo que el mundo cambiase su dirección autocrática y esclavista, y que la justicia social, verdadera manifestación de progreso y civilización, aportase sus frutos de paz y de justicia rompiendo las cadenas que aprisionaban las manos del proletariado. Fué como un sol iluminando el mundo oscurecido por el huracán, y, renovando a los individuos, se renovaba también la sociedad. "Todas las relaciones sociales se transformaron, y apenas la Iglesia reinó sobre el mundo, la fiera ley de la fuerza fué reemplazada por la dulce ley del amor."

Ahora la situación no ha cambiado, y falsas doctrinas, falsos intereses y egoísmos particulares hacen que la ley del amor sea a menudo sofocada por la ley del odio. Es necesaria una nueva renovación que atraiga el triunfo de la buena ley, que haga triunfar un mundo en el cual los hermanos sean unidos a los hermanos no por los vínculos establecidos por el derecho de uno sobre otro, sino por el vínculo del recíproco deber.

Y la renovación que conducirá a instaurar en la sociedad "un mundo mejor" solamente podrá venir mediante el triunfo de la caridad sobre el egoísmo y el vicio asocial; de aquella caridad por cuyo triunfo, hace cerca de dos mil años, se llevó a cabo por primera vez la verdadera renovación de toda la sociedad.

(Del Osservatore Romano de 28 de mayo de 1953 "Para un mundo mejor. Predicación en todas las ciudades de España".)

español, llegar a la simplícima conclusión de que es mucha la fuerza de los israelitas.

SE DECLARAN HEROICAS LAS VIRTUDES DEL SUCESOR DE S. JUAN BOSCO

El día 27 de junio se dió lectura, por disposición de Su Santidad, al decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, por el que se aprueba la heroicidad de las virtudes del Venerable Siervo de Dios Miguel Rua. El Venerable Miguel Rua conoció en Turín, siendo alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a San Juan Bosco. Poco después, en 1852 ingresaba en el Oratorio Salesiano y, a la muerte de San Juan Bosco, era elegido unánimemente Rector General de la Pfa Sociedad. El día 6 de abril de 1910, moría en olor de Santidad, confortado con los Santos Sacramentos y la bendición especial de Su Santidad el Beato Pío X.

¿CONTROVERSA RELIGIOSA EN NORTEAMÉRICA?

Con las palabras que anteceden, pero sin interrogantes, encabeza el cronista internacional José María Massip una correspondencia desde Washington. El caso es como sigue: el doctor Mathews, director ejecutivo del Comité parlamentario de investigaciones anticomunistas que preside el senador Mac Carthy, ha publicado un artículo, en el que, entre otras cosas, se dice lo siguiente: «El grupo más importante de americanos que apoya al aparato comunista está formada por clérigos protestantes».

La afirmación ha producido cierto revuelo. A lo que parece cuatro senadores miembros del aludido comité han presentado su dimisión. desde el púlpito de varias iglesias protestantes se ha protestado contra semejante afirmación. Ahora bien; el sentido de tales protestas no entraña siempre una rotunda y

abierta negativa a la acusación, sino más bien una especie de censura contra las actividades desarrolladas por el senador Mac Carthy. Una actitud de ese tipo parece que, si algo refuerza, es la posición del doctor Matthews, que, por lo demás, está adscrito confesionalmente a una secta protestante. Por eso — y por lo que se dirá — se nos antoja algo desorbitado el temor de que se produzca una controversia religiosa de funestas consecuencias en Norteamérica, temor que manifiesta el cronista citado, después de transcribir las palabras pronunciadas por el P. Curran, sacerdote católico, de la Parroquia de S. José de Brooklyn, Nueva York, en el curso de un sermón: «En la vanguardia de los que sacan al comunismo de sus guaridas se encuentra ese gran americano, gran soldado y gran católico, senador Mac Carthy, a quien sólo discuten los comunistas y los «fellow travelers», a los que está persiguiendo». El que el P. Curran

haya dicho lo que antecede, no quita ni pone nada al matiz estrictamente político que ofrece la cuestión planteada por el doctor Matthews. En la hora de confusionismo que atraviesa al mundo, es de creer que no ha de faltarles a los americanos la prudencia necesaria para saber distinguir en el fondo de muchas situaciones. Lo cual no implica echar en olvido, sino más bien todo lo contrario, que al tiempo en que los protestantes han coqueteado aquí y allá con los comunistas, la Iglesia Católica ha definido su postura en forma tan precisa y contundente, que llega hasta la excomulgación de los que, diciéndose hijos de la Iglesia se atreven a afiliarse al partido comunista.

LOS CATÓLICOS EN EL EGIPTO DE HOY

En un artículo aparecido en la revista «Civiltà Católica» se examina la situación de los católicos en el Egipto actual. Dice entre otras cosas: «Se vió el desagrado hacia los

católicos durante los desórdenes de enero de 1952. La corriente de odio parecía dirigida contra los ingleses, y en general, contra todos los países del mundo occidental, pero pronto se vió que intervenía también el fanatismo religioso. La prueba de ello es que en el alto Egipto se produjeron graves incidentes en los que se mezcló a personas inocentes, por el único hecho de ser cristianas. Varias de ellas salvaron la vida recitando versos del Corán». El artículo se refería también, entre otros puntos, a los colegios católicos: «Por razones obvias, dice, existe una gran oposición a estas escuelas y el Estado intenta ponerlas bajo su control, sustituyéndolas y asimilándolas, con lo cual su futuro no es muy halagüeño».

LA TUMBA DE SAN PEDRO

En 1948, en el curso de unas excavaciones realizadas en el subsuelo de la Basílica Vaticana, encaminadas al hallazgo de la tumba del

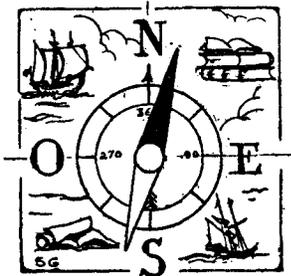
Príncipe de los Apóstoles, el P. Ferrua descubrió una inscripción mural latina sobre el fondo de dos figuras de cabeza humana. La inscripción se encuentra debajo del altar de la confesión, en la Basílica de San Pedro. Sobre el hallazgo del P. Ferrua, el paleógrafo Mubioli trabajó para descifrar su significado. Fruto de su trabajo fué comprobar que la primera de las palabras del epigrafe era «Petrus» y que una de las dos cabezas, que representaba a un anciano, venía a ser la imagen de San Pedro. Ahora, la profesora, Guarducci, prosiguiendo la labor del citado paleógrafo, parece haber descifrado la totalidad de la inscripción. Esta diría: «Pedro ora a Jesucristo por los santos hombres cristianos, sepultos al lado de su cuerpo». Para la profesora Guarducci, no cabe duda, además, que la otra cabeza, que corresponde a la imagen de un joven, simboliza a Nuestro Señor Jesucristo.

HIMMANU-HEL

DE DOS QUINCENAS POLITICAS

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Aplazamiento de la reunión de las Bermudas - La coronación de Isabel II de Inglaterra - Elecciones italianas - El caso de los Rosenberg - Graves sucesos en la Alemania oriental - El ímpetu del señor Churchill - ¿Habría armisticio en Corea? - Churchill se retira a descansar - Política asiática, política europea y política soviética - Tito y la URSS



APLAZAMIENTO DE LA REUNIÓN DE LAS BERMUDAS

La conferencia de las Bermudas ha sufrido un aplazamiento. Según una información de París, los Estados Unidos, a requerimiento de Gran Bretaña, han decidido diferir para una fecha posterior la inauguración de la reunión entre los representantes de Norteamérica, Inglaterra y Francia, posiblemente como consecuencia de la grave crisis de gobierno que sufre este país.

Sin embargo, al parecer, no es solamente la crisis ministerial francesa lo que dificulta la conferencia de las Bermudas. «Otra crisis interna, aunque más velada —la batalla entre el presidente Eisenhower y las fracciones de su propio partido— no favorecen tampoco a aquella entrevista. Londres parece sentirse impaciente y acaso opine que, mientras tanto, puede aprovecharse el tiempo con algún contacto que disipe el supuesto terror soviético de que «los tres» se preparan para un intento de consolidación de su capacidad agresiva».

Y añade J. Miquelarena en una de sus crónicas: «Ayer, The Observer —confirmando, sin ninguna reserva, un rumor que circulaba hace

días— escribía acerca de la conveniencia de un «cara a cara» entre los adelantados de Inglaterra y Rusia. Confía el periódico en el fino instinto político de Churchill y agrega: «Una entrevista anglorrusa no conduciría, posiblemente, al arreglo de todas las cuestiones planteadas en Europa y Asia, pero, en último caso, tampoco ha de arreglarse la querrela en las Bermudas. De cualquier forma permitiría a los Gobiernos británico y soviético que llegasen a apreciar mejor sus distancias y alcancen una mayor confianza en sus intenciones». ¿Un nuevo Munich? Puede ser. Coincide sir Winston con el presidente Eisenhower en que Rusia debe substituir las palabras con algún acto que pruebe su buena fe. Insiste, sin embargo, sir Winston en que Malenkov podría ser estimulado a la acción de paz por medio de contactos personales. Según los aparentemente bien enterados, el mayor obstáculo que debe salvar Churchill para adelantarse en su plan, no es la opinión personal del presidente Eisenhower —vacilante, hoy, según Londres— sino las testarudas divergencias de mister Foster Lullies».

¿Habrán sido, también, las vacilaciones de Eisenhower uno de los motivos importantes del aplaza-

miento de la conferencia de las Bermudas? De todas formas, no deja de ser inquietante la sugerencia de «The Observer» sobre una entrevista anglorrusa. ¿Hacia dónde va Inglaterra?

LA CORONACIÓN DE ISABEL II DE INGLATERRA

Se ha celebrado la ceremonia de la coronación de Isabel II de Inglaterra. Guy Bueno comenta el ambiente londinense con motivo de dicho acontecimiento:

«Londres se ha convertido ahora en una torre de Babel, mezcla de verbena, de carnaval y de feria, donde cincuenta acentos se confunden en un solo idioma: el del buen humor. ¿Acendrado amor a la Monarquía? No lo diría. A la gente le gusta la pompa, el fasto, las carrozas doradas, el cuento de hadas. Y la Reina es tan joven y tan guapa y tan bonita en su sonrisa... Pero también es verdad que Isabel II tiene un encanto especial para la masa inglesa: es la Reina de la clase media, el ideal del ama de casa».

Y Santiago Nadal se pregunta: «¿Cómo juzgar todo esto, este espectáculo tan extraordinario? Sólo hay dos caminos. O se trata de una mascarada anacrónica formidable, o se trata de algo muy serio. Es

ACTUALIDAD

concebible que la primera sea la opinión de quienes no lo hayan visto directamente. No puede ser de quienes la ven. Porque la autenticidad de este enorme aparato se advierte desde el primer momento. Y no se deja de percibir ni por uno sólo».

Rafael de Luis, por su parte, reproduce un intencionado comentario: «El «Times» no ha querido esta vez que se le adelanten los poetas. Teme la actitud, aunque no deje de estar un tanto justificada, que el corresponsal ya señaló en el día de la coronación: los ingleses se estaban aclamando a sí mismos. Sí, dice el periódico, nos habíamos ganado estas festividades, pero «hay que dismantelar las tribunas, quitar las decoraciones y dejar nuevamente a las palabras desnudas. El pueblo inglés ha dado vacaciones a la realidad durante tiempo suficiente». Basta conocer este preámbulo para suponer sin necesidad de ser muy agudo lo que viene después, hasta columna y media de artículo escrito con coraje y con no pocos aciertos de palabra. Hay que emprender un ataque contra el nivel de trabajo, que resulta poco satisfactorio. Hay que impedir que la envidia, la mezquindad y los celos agrieten la vida británica. Ni el Gobierno ni la oposición se atreven a decirle al país la verdad. El pueblo inglés es un buen pueblo, pero se ha convertido en un pueblo descuidado. El esfuerzo de remediar este descuido será el único modo de que la tan sobada frase «una nueva era isabelina» adquiera su verdadero significado, que ha de ser: los valores cristianos restablecidos, la conciencia revivida, la energía renovada y la unidad nacional restaurada. «Las ceremonias de la coronación significan muy poco si no significan esto».

¿Qué hay que pensar del gran espectáculo de la coronación de la soberana inglesa? ¿Se trata, como apunta «The Times», de unas «vacaciones de la realidad»? No olvidemos que la diputada laborista Bárbara Castle ha dicho: «Espero que ésta sea la última coronación que veamos en este país»...

ELECCIONES ITALIANAS

El partido demócrata cristiano de Italia no ha obtenido la mayoría que pensaba lograr en el Parlamento con la nueva ley electoral. Los votos favorables a De Gasperi no llegan al 50,01 por ciento, por lo que no ha podido obtener el premio previsto por dicha ley.

Sin embargo, como observa «Le Monde», la democracia cristiana continúa siendo «la formación política más importante de Italia. Los partidos laicos asociados a su destino acusan una pérdida más sensible que el del partido del Presidente del Consejo... No obstante, parece probable que éste habrá de buscar nuevos aliados si quiere constituir un gobierno que presente las mismas características de duración que el que ha venido presidiendo desde hace varios años. ¿A la derecha o a la izquierda?

»Un análisis de los escrutinios — continúa diciendo el diario francés — prueba que la izquierda ha mantenido sus posiciones e incluso en algunos casos las ha aumentado. En el Norte, especialmente, en las grandes ciudades industriales, el voto ha sido comunista...

»El avance de la derecha parece ser espectacular. De hecho, los neofascistas, en claro progreso con respecto a las elecciones generales de 1948, no han avanzado demasiado si se consideran los resultados de las elecciones municipales de 1951 y 1952. Pero su número junto al de los monárquicos pesará indudablemente sobre el futuro de la política italiana».

Pero, ¿hacia dónde se inclinará De Gasperi? ¿Hacia la derecha? ¿Hacia la izquierda?

Del 11 al 20 de Junio

EL CASO DE LOS ROSENBERG

Los Rosenberg han sido ajusticiados en la prisión norteamericana de Sing-Sing, cumpliéndose así la condena que se les impuso por espionaje atómico en favor de la Unión Soviética. La propaganda intensa del judaísmo y del comunismo en favor de los condenados no logró que el presidente Eisenhower hiciera uso del derecho de gracia.

En Francia, principalmente, la propaganda en favor de los Rosenberg alcanzó los grados del paroxismo. Días antes, el corresponsal de «El Correo Catalán» en París escribía lo siguiente: «Por sus circuitos de Washington los periódicos esperan noticias de los Rosenberg. La próxima ejecución de los «aprendices de espías» ha aumentado aún más el estado de ánimo... en Francia. El «New York Times» dice con frases no exentas de ironía, que los franceses están más de acuerdo en defender a los Rosenberg que en arreglar sus propios asuntos. Y es verdad. Desde el Episcopado francés — a la cabeza del cual está el Arzobispo de París — hasta el ciudadano medio — que en estos momentos forma fila ante la Embajada de los Estados Unidos para depositar su protesta — pasando por los intelectuales — la misma carta la firman conservadores como Maurois, y comunistas como Picasso — nadie deja de condenar la rudeza de la justicia yanqui.

»Los franceses están en estos momentos pegados a sus aparatos de radio para esperar la última decisión del juez Douglas en este asunto.

»En la embajada de los Estados Unidos se reciben, hace días, 500 cartas diarias pidiendo clemencia. La Prensa rusa, sin embargo, parece haber abandonado a los Rosenberg a su suerte».

Posiblemente desde el «caso Dreyfus» el judaísmo no había realizado en Francia semejante exhibición. Cabe hacer notar que en esos mismos días, dos jóvenes franceses eran fusilados en su Patria acusados de colaboracionismo, y, que nosotros sepamos, no ha habido, salvo quizás algunas intervenciones

ignoradas, ninguna acción pública para solicitar del Presidente de la República la gracia del indulto.

Sin embargo, en Norteamérica, la opinión pública y la casi totalidad de la Prensa no se ha manifestado en favor de la revisión de la causa o de la suspensión de la ejecución. Sólo los judíos y algunos elementos comunistas se movilizaron a última hora en Washington en este sentido, no obstante ser judío el juez que condenó a los Rosenberg a la silla eléctrica. En un cartel que exhibían dichos elementos podía leerse: «La silla eléctrica no matará las dudas de la opinión». Y Massip, desde Washington, subraya: «No hay tales dudas en la conciencia nacional. Lo que ha dado al caso Rosenberg el dramatismo que le rodea, es la hábil explotación política a que ha dado lugar».

¿Cómo reaccionará ahora el judaísmo?

GRAVES SUCESOS

EN LA ALEMANIA ORIENTAL

Una noticia de Berlín dice que «miles de berlineses de la parte oriental se han manifestado contra el régimen comunista, sin que la Policía interviniera para nada... Los observadores occidentales dicen que esta manifestación ha estado preparada en el sector oriental de Berlín por los comunistas para mostrar al mundo que los trabajadores son «libres».

Otra noticia de la misma procedencia informa que «los observadores occidentales se mostraban un poco escépticos ayer acerca de si las manifestaciones no habían sido preparadas por el mismo Gobierno rojo para demostrar la «creciente libertad» concedida a los alemanes orientales... Pero de lo que no hay duda es de la seriedad de las protestas de los amotinados de hoy. Un grupo se situó frente a la Embajada soviética y gritó contra el partido socialista unificado».

Cristóbal Tamayo, testigo presencial de los sucesos, escribe: «Lo que tengo delante de mí en este momento vale por sí solo la crónica. Estoy revuelto entre una muchedumbre que llena la Postdamerplatz como en un revuelo de feria o de verbena. En esta gran plaza se tocan el mundo accidental y el oriental... De la Potsdamerplatz arranca la Leipzigerstrasse, donde hay varios ministerios rojos. A ocho metros de la entrada de dicha calle hay una hoguera en la que arde, con varias banderas comunistas, un retrato monumental, a la rusa, de Ulbricht, secretario general del partido comunista. Pero lo que más me atrae la atención y los hurras de los miles de berlineses concentrados aquí es lo que ocurre en un enorme edificio, al lado izquierdo de la plaza y el único que quedaba en la misma. Por las cien ventanas de sus doce coloradas plantas vuela algo. Es un edificio oficial de los rojos que ha sido asaltado por los trabajadores. La fogata al pie del mismo ha empezado con papeles de los archivos; ahora las llamas suben ya hasta el último piso. Mesas, armarios, sille-

rías, puertas y ventanas las alimentan, y la gente grita y aplaude cuando desde el décimo piso cae sobre la lumbre un sofá o un armario de tres cuerpos. Allá van banderas y retratos y hoces y martillos...

«Hay a veinte metros una hilera de veinticinco o treinta hombres uniformados y con fusiles ametralladores apercebidos para hacer fuego, pero noto que no lo hacen y que no es peligroso estar a la distancia que ellos permiten. Un joven de unos quince años se acerca demasiado, y uno de las ametralladoras grita: «Nicht mehr!». «Esa es la Policía Popular, ¿no?», pregunto a uno de los que están a mi lado. «No — me aclara —, los primeros son rusos; los otros, sí. Los veinticinco o treinta de uniforme caquí de paño son soldados rusos; parecen aburridos...

»Esta mañana sí que han disparado los rusos. Hay varios trabajadores muertos. Sin embargo, no entiendo cómo no intervienen y hacen que cesen las hogueras que arden en la Potsdamerplatz...

¿Por qué no intervino desde el primer momento el Ejército soviético? ¿Por qué se ha «permitido» la demostración popular de los alemanes de la zona oriental? Algo muy grave debe ocurrir en las altas esferas. Los sucesos de Berlín, ¿no podrían ser un indicio de una lucha sorda entre los principales sucesores de Stalin?

EL ÍMPETU DEL SEÑOR CHURCHILL

Con veinticuatro horas de diferencia, los ambiciosos planes del señor Churchill parecen haber pasado de una probable realidad inmediata a un posible aplazamiento de muy clara duración.

El día 16, Miquelarena escribía desde Londres que el Gobierno británico «ha dirigido a Washington documentos conminatorios y que en ellos se subraya el propósito de sir Winston de realizar exploraciones en Moscú personalmente y, por su cuenta y riesgo, si la conferencia de los «cuatro» fuese aplazada o no considerada con el suficiente entusiasmo por el presidente Eisenhower».

Al día siguiente, el propio cronista advertía que era muy posible que «las noticias que vienen hoy de Berlín hayan reducido el ímpetu de Churchill».

¿Por qué ese trascendental cambio? Si los sucesos de la antigua capital alemana responden, como indicábamos anteriormente, a graves oposiciones en el seno del Kremlin, se comprendería la actitud más prudente de Churchill, ya que sería necesario saber si, en definitiva, se llevarán la partida los «pacifistas» o los enemigos de todo acuerdo con el Occidente. Lo verdaderamente interesante sería averiguar lo que representan exactamente en estos momentos en la Unión Soviética, Malenkov, Beria, Molotov y los altos jefes del Ejército rojo.

¿HABRÁ ARMISTICIO EN COREA?

«Ahora — dice Syngmann Rhee en una carta dirigida a Eisenhower —,

las Naciones Unidas parecen abandonar sus fines originales y llegar a un acuerdo con el agresor, el cual no podemos aceptar, y no porque nunca hemos sido consultados, sino porque esos términos significarían la muerte segura para la nación coreana. Además, ahora, las Naciones Unidas presionan sobre nosotros, para que cooperemos y coadyuemos con el enemigo, por lo que parece, en ese asunto del armisticio.»

Y después de esta dramática exposición sobre el trágico futuro que podría derivarse «para la nación coreana» de la aceptación del armisticio con los rojos, Syngmann Rhee expone algunos importantes puntos de vista para que sean considerados por su aliado norteamericano:

«Corea piensa todavía que no puede sobrevivir con un armisticio que permita a los chinos comunistas permanecer en la península... Corea se enfrenta con la cuestión básica de su supervivencia... En el primer año de guerra, que ya cuenta tres, tanto los Estados Unidos como las Naciones Unidas, de manera alternativa y repetida, han estado anunciando sus objetivos en esta guerra, el establecimiento de una Corea unida, independiente y democrática, y el castigo del agresor... Un pacto de defensa mutua podría ser útil, pero si está ligado con el armisticio, toda su eficacia disminuye hasta convertirse en nulo.»

El presidente surcoreano debía dudar mucho de la eficacia de sus razones para convencer a Washington. Lo cierto es que unas horas antes ordenó la liberación de los prisioneros de guerra anticomunistas que se hallaban en campos de concentración bajo la vigilancia de soldados del Ejército surcoreano, haciendo imposible, así, el cumplimiento del acuerdo firmado en Panmunjón que disponía que tales prisioneros fueran entregados a una Comisión internacional presidida por la India, para una ulterior decisión respecto a su futuro. ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Se firmará de todos modos el armisticio con los rojos?

Del 21 al 30 de junio

CHURCHILL SE RETIRA A DESCANSAR

«El jefe del Gobierno británico, Winston Churchill, ha desistido de su viaje a las Islas Bermudas por motivos de salud y por prescripción facultativa.» Tal es el comunicado que acaba de ser dado en Londres y que significa, prácticamente, un cambio trascendental en la política de apaciguamiento planeada por el jefe conservador británico.

¿Qué ha sucedido en Gran Bretaña? ¿Y qué está sucediendo en el interior de la Unión Soviética? El hecho de que Churchill se vea «obligado» a descansar, indica que la política de entendimiento con el mundo occidental, que parecía ser en las últimas semanas la que predomina-

ba en el seno del Gobierno soviético, debe estar sufriendo algunos ataques poderosos por parte de elementos influyentes del propio Gobierno o del Ejército, aunque hasta este momento no se ha recibido ninguna indicación explícita de que exista una discrepancia fundamental en el Kremlin sobre la orientación de la política exterior de la URSS.

Sin embargo, como apuntamos anteriormente, los sucesos de Berlín seguidos de un verdadero movimiento colectivo en toda la Alemania oriental, podrían ser un indicio elocuente de la existencia de graves dificultades internas en la Unión Soviética. ¿Habrá recibido los dirigentes democráticos alguna información sensacional que les obligue a tomarse un compás de espera en su proyectada conferencia de los «grandes»?

«Hoy — dice Miquelarena —, el «Times» reconoce que, aunque la reunión de los tres no se abandona, sino que se aplaza, la necesidad de celebrarla es menos urgente que hace un mes. El «Manchester Guardian» afirma que «es difícil predecir lo que ocurrirá en Europa durante el período de aplazamiento de la conferencia de las Bermudas. Desde hace uno o dos meses la convicción de que era necesario fortalecer militarmente a Europa, se anticuaba. Pero hoy el peligro es el cambio de que aquella política origine disensiones en el Oeste, muy aprovechables para Rusia».

¿Apaciguamiento? ¿Rearme? ¿Qué se impondrá al fin? Posiblemente la respuesta dependa de los acontecimientos que puedan originarse en la URSS, de los cuales la retirada de Churchill, con el subsiguiente aplazamiento de la reunión de las Bermudas, podría ser tan sólo un simple proemio...

POLÍTICA ASIÁTICA, POLÍTICA EUROPEA Y POLÍTICA SOVIÉTICA

José María Massip habla del problema del armisticio coreano, de los intentos de Eisenhower para convencer a Syngmann Rhee y de la suspensión de la conferencia de las Bermudas, en estos términos:

«Todas las versiones que se poseen aquí sobre las negociaciones entre Robertson y Syngmann Rhee son pesimistas. La Casa Blanca y los centros oficiales mantienen un silencio impenetrable. Lo único cierto es la humillación del comandante supremo del Pacífico, general Clark, al dirigirse hoy por carta al mando comunista y pedirle la reanudación de las negociaciones de armisticio y tener que confesar que los 27.000 prisioneros de Syngmann Rhee no podrán ser recuperados. El contenido de la carta del general Clark parece confirmar que el alto mando se dispone a negociar con o sin la cooperación de Corea del Sur, pero salta a la vista que el enemigo no aceptará nada si antes no se le dice qué se va a hacer con Rhee y su Ejército...

»Los efectos de esta crisis disparatada están afectando profundamente a todos los cuadros políticos

ACTUALIDAD

internacionales. Por momentos crece aquí, en Washington, la convicción de que el reposo que los médicos han recetado a Churchill y que ha dado motivo este fin de semana al aplazamiento de la conferencia de las Bermudas, es una enfermedad diplomática con la que el viejo político inglés pone un compás de espera a la crisis y aplaza toda negociación hasta que los Estados Unidos clarifiquen su política asiática.»

Y para que también, posiblemente, la Unión Soviética clarifique su política europea... y su situación interna.

TITO Y LA URSS

«Una verdadera sorpresa ha producido en los círculos occidentales de la capital austríaca — asegura una información de Viena —, el anuncio hecho hace días por Tito de que Rusia y Yugoslavia van a intercambiar embajadores por primera vez desde 1948, fecha de la ruptura entre el dictador comunista yugoeslavo y la Kominform. Se teme en la capital austríaca que, a pesar de las seguridades públicas y privadas que Tito haya podido dar de

palabra a los occidentales, este acontecimiento sea el primer paso de un definitivo acercamiento entre el Kremlin y su «hijo pródigo» de Europa...»

»Por lo menos, una cosa es evidente: Tito, que asegura que jamás volverá a ser un satélite, está sirviendo como instrumento a la «ofensiva de paz» de Moscú. En declaraciones a la Prensa y discursos a los comunistas yugoeslavos, ha dicho repetidas veces que la voluntad de paz soviética no es ninguna maniobra, sino que procede de un auténtico pacifismo de los nuevos dirigentes soviéticos. Estos — ha dicho Tito en su último discurso al partido yugoeslavo —, están decididos a abandonar la rígida política stalinista que llevó a Rusia a un callejón sin salida.»

Claro está que el discurso de Tito al que se alude en esa información es anterior a la retirada de Churchill. Después del cambio de frente que se ha practicado en la Europa Occidental como consecuencia, en gran parte al menos, de los sucesos de Berlín, ¿sostendría todavía Tito que «los nuevos dirigentes soviéticos» están decididos «a abandonar la rígida política staliniana»? ¿De

qué dirigentes soviéticos se trata? ¿No habrá, acaso, algunos o muchos partidarios decididos de proseguir la «rígida política staliniana»?

SHEHAR YASHUB

NOTA. — Entrando en máquina el presente número, nos llega una noticia urgente de Londres, según la cual «Radio Moscú acaba de notificar que Beria ha sido separado del partido y destituido de cuantos cargos ocupaba». El hecho, caso de confirmarse como parece verosímil, es de una excepcional gravedad. Beria ha sido junto con Malenkov y Molotov uno de los dirigentes del triunvirato que se constituyó a la muerte de Stalin para dirigir la Unión Soviética, y en cuyas manos se hallaba la dirección de la temible policía secreta roja. ¿Por qué ha sido eliminado Beria? ¿Se trata de una cuestión puramente personal con Malenkov y Molotov? ¿Constituye, tal vez, la expresión de una lucha de tendencias en el seno del Kremlin? Esperemos a que otros sucesos arrojen su luz sobre esa destitución que parece preludiar más trágicos acontecimientos.

El próximo número de

CRISTIANDAD

comprenderá las fechas 1 y 15 del próximo mes de Agosto y aparecerá (D. m.) en dicha última fecha.

Nos quedan unos pocos ejemplares de nuestra SEPARATA de

“Documentos Pontificios de 1952”

Si le interesa alguno, diríjase o llame por teléfono
a nuestra Administración

PRECIO:

Colección encuadernada.	65’- Ptas.
Sin encuadernar	55’- »

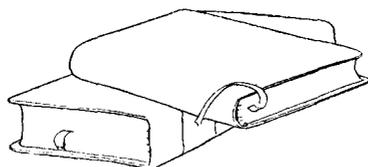
Telefoneando al n.º 22 24 46, le serán servidos los pedidos
en su propio domicilio y si además deseara encuadernar
su colección también pasaríamos a recogerla

C R I S T I A N D A D

Diputación, 302, 2.º, 1.ª

Convierte tu vida de negocios en labor de apostolado social

EN LAS VACACIONES



Elige para tu lectura un libro de las «Publicaciones
CRISTIANDAD».

Colecciona y ordena tus revistas y separatas de «Do-
cumentos Pontificios». Para su encuadernación telefona
al n.º 22 24 46. Administración de CRISTIANDAD.

Adquiere y difunde alguna de nuestras obras para hacer
con ello labor de apostolado.

Siempre lo mejor en estilográficas

PARKER "51" y "21"
WATERMAN'S
SHEAFFER'S
EVERSHARP
MONTBLANC
SUPER T
ETC.
COMPLETA
GARANTIA



...y además
el TALLER de
REPARACIONES
MEJOR EQUIPADO
DE ESPAÑA

Central de la
Estilográfica

Puertaferrisa, 17
Teléfono 31 43 86

Calle Archs, 1 y 3
Teléfono 22 56 41

BARCELONA



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

J. M.
ROCABERT MODOLELL

Seguros

Vida, Incendios, Robo,
Resp. Civil, Automó-
viles, Accidentes, etc.

TELEFONO 22 70 20
BARCELONA

INGLES FRANCES

Lecciones en casa y domicilio
Traducciones-Correspondencia
ENSEÑANZA RAPIDA PARA EXAMENES

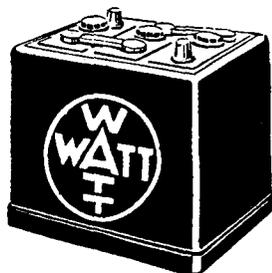
Adrián de Gispert Serra

Lauria, 89, 3.º, 2.º Tel. 28 43 58 BARCELONA

PRODUCTOS CODORNIU Y GARRIGA, S. A.

ESPECIALIDADES FARMACEUTICAS

Badajoz, 112
BARCELONA



TALLERES WATT

JUAN COMAJUNCOSAS

SERVICIO ELECTRICO DEL AUTOMOVIL
RADIO Y BOBINAJES

Córcega, 298 - Teléf. 27-62-28
(entre Paseo de Gracia y Rambla de Cataluña)

BARCELONA